



EL FESTIVAL DEL CRIMEN

**KEITH
LUGER**



René Allix tomó la curva, haciendo gemir los neumáticos.

Su coche deportivo corría a ciento veinte. Le gustaba la velocidad, le gustaba especialmente ahora que había conseguido lo que quería. Eso significaría un ascenso con el Viejo. Había estado demasiados años en Europa, y Europa se estaba poniendo muy caliente. Quería ir a Nueva York, a las Naciones Unidas.

Metió el descapotable en la cochera y se dirigió hacia el *bungalow*, con paso elástico.

Entró en la casa y, en el *living*, se preparó un *whisky*.



Keith Luger

El festival del crimen

Bolsilibros - Servicio Secreto - 962

ePub r1.0

Lds 04.03.19

Título original: *El festival del crimen*

Keith Luger, 1969

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

René Allix tomó la curva, haciendo gemir los neumáticos.

Su coche deportivo corría a ciento veinte. Le gustaba la velocidad, le gustaba especialmente ahora que había conseguido lo que quería. Eso significaría un ascenso con el Viejo. Había estado demasiados años en Europa, y Europa se estaba poniendo muy caliente. Quería ir a Nueva York, a las Naciones Unidas.

Metió el descapotable en la cochera y se dirigió hacia el *bungalow*, con paso elástico.

Entró en la casa y, en el *living*, se preparó un *whisky*.

Era hermoso haber terminado un trabajo con éxito, un trabajo que, según el Viejo, importaba mucho a Francia.

Después de beber un trago, marcó el número.

A la otra parte descolgaron enseguida.

—¿Sí? —Oyó la voz del Viejo.

—Zanahorias —dijo él.

—¿Con qué?

—Con salsa de Brigitte Bardot.

—Informe, Allix.

—Todo listo.

—¿Lo arregló?

—A la perfección.

—¿Hubo tormenta?

—Una poca.

—¿Cuántas víctimas?

—Dos. Pero incendié el automóvil.

—Dos cuerpos carbonizados, ¿eh?

—Sí, señor.

—Buen trabajo, Allix.

—Iré a París mañana para hacer la entrega.

—No, no vendrá a París, o no llegaría vivo.

—¿Eh?

—Lo que oye. Hemos sido interceptados.

—No comprendo.

—Hubo una filtración, Allix... Usted está en peligro mientras tenga «eso» en su poder.

René Allix miró a su alrededor.

—Esto está la mar de tranquilo, señor.

—No se comporte como un novato, Allix. Usted sabe que en cualquier momento puede estallar.

—¿Cuáles son las instrucciones, señor?

—Vaya a Montecarlo. Tiene que salir esta misma noche. Mañana empieza allí el Festival de la Canción. Le entregará «eso» al concursante número cuatro, Perrin Char... La contraseña es: «La lluvia no hace daño a las hojas...». Perrin Char le contestará: «Muerde el tobillo a la morena»... ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Luego, usted se hace humo.

—¿Hacia qué parte?

—Vaya a Atenas. Esté un día allí. Luego a Estambul. Pase dos días allí. A continuación irá a Estocolmo. Permanece un día allí. Luego toma el avión para París. No se precipite, Allix. Aproveche bien sus horas. Beba, diviértase, hable con mujeres...

—Buen consejo, señor.

—Eso es todo... Buena suerte.

Oyó que el Viejo colgaba, y él lo hizo a continuación.

Maldita sea, no le había hablado de su viaje a Estados Unidos, destino las Naciones Unidas. Pero ¿habría sido el mejor momento? El Viejo parecía un poco nervioso, y eso era poco frecuente en él. Pero quizá el Viejo había trabajado mucho durante los últimos veinte años. Quizá fuese el Viejo el que necesitase divertirse, beber y hablar con las mujeres.

Al diablo con sus pensamientos.

Estaba bebiendo un trago de *whisky* cuando sonó el timbre de la puerta.

Llevó su mano a la sobaquera, en donde tenía la «Luger». Aquella noche la había utilizado. No era partidario de la «Luger»,

un arma poderosa, pero cuando uno tenía que jugarse la piel, representaba la mejor compañera.

Miró por el ojo y vio que era Violette. Sintió un agradable escalofrío porque ella se cubría con un vestido de cóctel con mucho escote.

Guardó la «Luger», abrió la puerta y Violette entró.

—Querido, me pegaste plantón.

Sí, ella decía la verdad. Habían acordado cenar juntos aquella noche, pero luego había llegado el momento de poner la carne en el asador, de matar y, naturalmente, Violette quedó relegada a un segundo plano.

—Tuve trabajo, querida.

—Pudiste avisarme.

—Resultó imposible. Lo siento.

Ella entró, moviéndose de aquella forma tan maravillosa, como animal felino. Su vestido era muy ajustado, con minifalda. La mayoría de las mujeres habrían resultado ridículas con aquel trapito, pero Violette obtenía unos maravillosos resultados con él, porque poseía una cintura estrecha y unas caderas de Venus de Milo, con un par de remos fuera de serie.

Violette le puso la mano en el cuello y le besó.

René habría reído de buena gana, al recordar las palabras del Viejo, que en cualquier momento podría estallar. Y ya había estallado él.

—Estoy muerta de hambre, René.

—Tengo algo en la nevera.

—¿Cómo qué?

—Pollo, carne, un poco de pescado, y también latas, caviar, salmón...

—¿Y champaña?

—No podía faltar el champaña, Violette...

—Eres maravilloso, amorcito —dijo Violette, y lo volvió a besar en la boca.

Su jefe le había dicho que tenía que ir a Montecarlo, pero podía irse de madrugada. Ahora eran las nueve de la noche. ¿Por qué no pasar tres o cuatro horas con Violette? Ella había ido allí, y no podía decepcionarla. ¿No le había aconsejado su jefe que se divirtiese con las mujeres? Aunque debía admitir que se había

referido al momento en que se hubiese librado de la mercancía.

Había conocido a Violette un par de meses antes.

Ella trabajaba en El Gato con Botas, un club de los Campos Elíseos.

—Puedes prepararte, querido. Yo me encargo de la cena.

Desapareció en la cocina.

René sonrió y se dirigió a su cuarto. Desvistióse y tomó una ducha. Luego de secarse, se pasó el peine por el cabello y cubrióse con un batín.

Fue a la cocina.

Violette había asado la carne, filetes de dos dedos de grosor, abierto la lata del caviar, puesto a refrescar el champaña en cubos de hielo. Estaba preciosa.

—Eres la mejor cocinera del mundo —dijo René y la atrapó por detrás.

—Me haces cosquillas, René.

—Quiero hacerte cosquillas —dijo él.

—Primero a comer. Me hace ruido el estómago.

La soltó, y se sentaron, uno frente al otro.

Ella despachó rápidamente un filete y media lata de caviar, intercalando algunos tragos de champaña.

René sólo comió medio filete y bebió el champaña, pero renunció al caviar.

La joven dio un suspiro.

—Bien, creo que ya no me hace el ruido el estómago... Querido, ¿dónde estuviste esta noche?

Lo dijo con una gran naturalidad.

—Con un fabricante importante. Ya sabes a lo que me dedico, a la importación y a la exportación.

—¿Hiciste un buen negocio?

—Muy bueno.

—Cuánto me alegro, René.

Ella se levantó y Allix también lo hizo. Se reunieron en el centro de la estancia y René la estrechó entre sus brazos y la besó.

Violette le pasó los brazos alrededor del cuello.

—¿Me encuentras atractiva?

—Sí.

—¿Seductora?

—Desde luego.

—¿Soy un buen premio?

—El mejor.

—¿Qué dirías si te llevases también un millón de francos?

René rió, divertido.

—Sería algo sensacional.

—Pues ya lo tienes.

—Sí, te tengo a ti.

—Y al millón de francos.

Allix siguió riendo porque lo consideraba todo una broma. Besó a Violette, pero ella apartó la cabeza y René vio que el bello rostro de la joven estaba muy serio.

—Yo y el millón de francos, a cambio de «eso».

—¿Qué?

—De «eso», y tú ya sabes a lo que me refiero.

René se quedó como si le hubiesen pegado con una maza en la nuca. Se apartó de Violette y dio un traspies.

—¿De qué estás hablando, Violette?

—Exactamente de lo que tú piensas.

—No es posible.

—Me designaron a ti, René.

Allix cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. ¿Cómo podía ocurrir eso? Pero ella estaba hablando, estaba admitiendo... Y él se consideraba un agente veterano, tan veterano, que quería pedirle al Viejo que lo trasladara a Estados Unidos. Y una joven de veintitrés años, hermosa, muy hermosa, se la había pegado.

—¿Desde cuándo estás con ellos, Violette?

—Desde siempre.

—Habrá alguna fecha.

—No te importa. Sólo debe interesarte que estaba con ellos cuando me conociste.

—Conque la bailarina de El Gato con Botas.

—Y no lo hago mal del todo, ¿verdad, cariño?... Recuerda, te han gustado mucho mis contorsiones.

—Sí, en eso eres única, pero creí que me amabas.

—Te amo.

—Ahora resulta que eres una golfa.

—No digas palabras horribles, amorcito.

—Basta de palabras dulces.

—¿No prefieres las dulces a las horribles?

Allix se apretó las sienes con la mano. Qué estúpido había sido. Pero Violette le había parecido tan despistada, tan ingenua en lo que se refería a la cultura... Le había recordado a la fallecida Marilyn Monroe, o a cualquiera de las otras ingenuas del cine, esas chicas que no saben nada de nada, salvo de exhibir su cuerpo. Recordó que una vez había hablado a Violette de política, y ella se equivocó no menos de cinco veces, al referirse a los hombres de Europa. Creía que Churchill había sido un general, que Mussolini era el delantero centro del Inter de Milán... Y todo había sido una trampa, una representación teatral, incluida aquella gira de ella por ciertos clubs nocturnos de Europa. ¿Y por qué no lo pensó antes? Precisamente ella estaba en Ginebra cuando él tenía que resolver aquel asunto tan importante para Francia. Y, supuestamente, Violette había ido allí a cantar y a mover su cuerpo bajo un foco de luz...

—Te voy a torcer el cuello, Violette.

—No puedes. Cuando me abrazaste, al entrar en la cocina, me di cuenta de que no tenías ningún arma. Fue lo que traté de conseguir, cuando te dije que te preparases. Entonces tenías la «Luger», pero la pistola se quedó en tu habitación.

René la miró con más asombro.

—Para partirte el cuello, no necesito la «Luger».

—Tú crees que sólo necesitas las manos...

—Sí.

—Porque sabes judo, karate, o cualquier otra clase de lucha oriental.

—Es posible.

—No lo intentes, René.

—Lo tengo que intentar. Me dieron órdenes estrictas. Nadie debe saber que yo tengo «eso». Lo siento, nena, pero vas a morir.

Echó a andar hacia ella porque Violette había resultado una enemiga. Y en aquel momento no podía dejar a un enemigo vivo tras sus talones.

CAPÍTULO II

—Espera, querido, olvidas una de mis cualidades.

—¿Cuál, golfa?

—Soy bailarina, cantante y prestidigitadora... Te lo voy a demostrar —hizo chasquear los dedos.

Lo demostró bien porque en el hueco de la cocina aparecieron dos hombres. Se cubrían con impermeables negros, brillantes, y con sombreros oscuros. La cara de ambos parecía tallada en madera. René pensó que ni siquiera sabrían sonreír.

—¿Te gustó el número? —rió Violette.

—Mucho. Por favor, chasquea otra vez los dedos.

—¿Para qué?

—Por si tus amigos se parten en dos.

Violette rió con risa cantarina.

—Amorcito, debiste ser buen chico y conformarte con el premio —pasó su mano por la cadera y luego por el muslo, en una actitud muy profesional—. Ibas a tener un millón de francos.

—Todavía se puede arreglar.

—Ya no, René.

—¿Por qué no?

—¿Es que no lo recuerdas? Me ibas a partir el cuello.

—Un hombre puede cambiar de idea.

—Demasiado tarde. Estás listo, René. ¿Dónde guardas «eso»?

Era su naípe de triunfo. No, no les diría dónde guardaba «eso».

—Tengo malas noticias para ti, Violette.

—Entonces, dámelas cuanto antes.

—Fracasé.

—¿Quieres decir que no cumpliste tu misión?

—Exactamente.

Violette rompió a reír.

—¿Habéis oído a mi querido René, chicos?...

Los aludidos permanecieron imperturbables.

—Háblale tú, Sergio.

Sergio era un poco más alto que su compañero, y dijo:

—Mató a dos tipos. Los metió en un coche y lo incendió. Todo ocurrió a unos doce kilómetros ele aquí, en un lugar llamado Las Tres Cruces.

Violette siguió riendo.

—Es tu turno, Alex.

Alex sacó algo del bolsillo. Parecía un estuche. René supo lo que era. Un diminuto magnetofón. Alex oprimió una pequeña tecla y las dos ruedas se pusieron en marcha. Primero no se oyó nada y luego empezó el diálogo:

«—¿Sí?

»—Zanahorias.

»—¿Con qué?

»—Con salsa de Brigitte Bardot.

»—Informe, Allix.

»—Todo listo.

»—¿Lo arregló?

—A la perfección...

Violette dijo:

—Ya basta, Alex.

El llamado Alex oprimió otra tecla, y el magnetofón se detuvo.

René estaba sudando. Así, pues, habían grabado su diálogo con el Viejo, y eso incluía su viaje a Montecarlo, la entrega de «eso» al cantante número cuatro, Perrin Char, y hasta las contraseñas. Todo aquel asunto estaba podrido, lleno de gusanos, y el culpable era él. No, no habría viaje para él a Estados Unidos, porque le estaban preparando un viaje al infierno. Ésa era la clase de boleto que le reservaban Violette y aquel par de bastardos. Pero seguía teniendo un naípe de triunfo porque no le había dicho al Viejo dónde guardaba «eso», tampoco se lo diría a la chica.

Violette se despojó del delantal.

—Cariño —dijo—, somos muy prácticos, pero también humanos.

—¿Humanos? Lo dudo.

—Qué gracioso. Pero estás agotando nuestra paciencia. Te hago

una oferta. Tú nos entregas la mercancía, y luego yo misma te meto un tiro en la nuca.

—¿Así de sencillo?

—Falta incluir algo.

—¿Qué cosa?

—Un beso.

—¿Me lo darás antes o después que aprietes el gatillo?

—Cómo tú lo desees, mi vida.

Tenía las llaves de contacto en la mesilla de noche, con su cartera. Sólo tenía que llegar allí, a la mesilla de noche, y apoderarse de las llaves de contacto. No le importaba la cartera, no le importaba el dinero. Por un momento, se vio en su coche deportivo corriendo a ciento cincuenta, como una exhalación, y eso significaría que habría vencido en aquella pelea. Pero, cielos, la mesilla de noche estaba en su dormitorio, como a cien kilómetros de allí. Tenía que llegar, costara lo que costase. ¿Y luego? Luego debería desembarazarse de los tres rufianes.

—Creo que no tengo dónde elegir.

—No, no lo tienes.

—Os daré «eso».

—Qué buen chico.

Violette chasqueó otra vez los dedos, y Sergio y Alex sacaron sendas pistolas con silenciador.

—Eh, muchachos, no hace falta la artillería —sonrió René—. Dije que iba a colaborar.

—Por si acaso, cariño —repuso Violette—. En tu cuarto está la «Luger». No intentes apoderarte de ella. Mis amigos son muy nerviosos. Se ponen a disparar en cuanto notan algo raro.

—Lo supongo.

—Apuesto doble contra sencillo a que nos va a decir que «eso» está en tu dormitorio.

—Me has asombrado como cantante, como prestidigitadora y hasta como mujerzuela, pero no me has asombrado como adivina. ¿Dónde fui yo, cuando viniste a la cocina? A mi dormitorio... Allí descargué.

—Entonces, iremos a tu dormitorio, querido. ¿Ves qué comprensiva soy?

Los dos muchachos se retiraron unos pasos para dejar libre el

hueco, y René se dirigió hacia allí.

De repente atrapó a Violette por el brazo y la lanzó contra los pistoleros. Luego tenía que cerrar la puerta, dar la vuelta a la llave y echar a correr hacia la ventana. Todavía le quedaban agallas para vencerlos. Pero le salió mal la continuación. Violette sólo arrolló a Sergio, pero Alex la evitó e hizo un disparo.

René sintió cómo la bala le abrasaba el costado, giró sobre sí mismo y cayó de rodillas.

Ya no pudo hacer más.

Violette volvió a entrar. En sus ojos llameaba la furia.

—Estúpido, ¿qué conseguiste?

—Ya tengo la bala. Dame el beso.

René se llevó la mano al costado, y mostró la palma llena de sangre.

—Estoy listo, nena.

—Te curaremos. No parece que tenga importancia.

—La tiene. Pero si me queréis hacer un favor, dejadme morir solo.

—Una bonita frase para el teatro, pero estamos en la vida real. ¿Dónde está la mercancía?

—No pienses que te la voy a dar.

—Claro que me la darás.

—Perdiste tu oportunidad. Yo te diré cómo debiste hacer las cosas. Ibamos a pasar aquí una buena velada. ¿Por qué no me embaucaste entre tus amorosos brazos? Luego, un golpe en la cabeza, y habría quedado sin sentido.

—¿Y cómo te habría sacado la mercancía, gran hombre? ¿Me lo habrías dicho, si yo te lo hubiera preguntado? Eres un estúpido. Desde un principio supuse que tendría que utilizar la fuerza contigo, y por eso vinieron ellos. ¿Ya está todo claro?...

—Tu diálogo me da náuseas. Voy a vomitar.

—Ya vomitarás todo lo que quieras cuando hayamos terminado contigo —dijo Violette, y le soltó una tremenda bofetada.

René cayó hacia atrás y sintió todo el dolor del mundo en su costado y en el pecho. Creyó que iba a desmayarse, pero lo resistió.

—Empieza a hablar, bastardo. ¿Dónde está la mercancía?

—Ayúdame a levantarme.

—Se acabaron las trampas.

—No habrá más trampas. Estoy moribundo. No puedo intentar nada. Vosotros tenéis las ventajas.

Violette titubeó unos instantes y, por último, se decidió a ayudarlo.

—Sergio, ponte detrás de él. Si intenta algo conmigo, le partes la espina dorsal de un balazo.

Sergio dio un gruñido de asentimiento, y se puso detrás, apoyando el largo cañón de la «Luger» en la espalda de René.

Alex quedó delante, con el dedo arqueado en el gatillo, listo para entrar en acción de nuevo.

En el suelo había quedado un charco de sangre.

Lo llevaron al dormitorio. René renqueaba mucho, y su respiración se había hecho jadeante.

No, «eso» no estaba allí. Lo había guardado en el coche deportivo, en un tubo, junto a uno de los carburadores.

—¿Dónde está la mercancía? —preguntó Violette.

—Dame el llavero.

Violette se lo entregó.

Mientras tanto, René había mirado a su alrededor.

—Acércame al armario.

—Como tú quieras, amor. Pero si guardas un arma ahí dentro, será mejor que te lo quites de la cabeza.

—¿Crees que soy un loco?

—Un hombre en tu situación puede hacer locuras.

Sergio le seguía apoyando la pistola en la espalda.

René rió, y eso le provocó un dolor más intenso en el costado.

—Os diré un secreto. Guardo un cañón en el armario.

—No hace falta que fuese un cañón. Podría ser una piña. Me han contado historias de héroes como tú. Ya que iban a morir, decidieron liquidar también a los que lo tenían atrapado. De modo que abre el armario, pero no intentes meter las manos. Yo haré el examen.

—Como tú quieras.

Violette le obsequió con una nueva sonrisa.

René abrió el armario y se quedó quieto con las manos, como Violette le había aconsejado.

—¿Dónde está?

—En el tercer cajón. Yo lo abriré.

—No, cariño, tendrías que agacharte, y eso resultaría doloroso para ti. Yo seré quien lo haga.

—Gracias por el detalle, horizontal.

René, al retirarse, conservó el llavero en la mano. Dejó que Violette se inclinase para abrir el tercer cajón, y entonces le pegó un rodillazo en el trasero. Hizo algo más, porque su mano izquierda estaba corriendo hacia la espalda y golpeó el brazo de Sergio.

Sergio cumplió con su deber al apretar el gatillo. Pero dio la casualidad de que en esos momentos, el cañón estaba apuntando a Alex, y fue éste quien recibió el pildorazo en el pecho.

Alex hizo un gesto de asombro, y se derrumbó.

Violette lanzaba chillidos porque había incrustado la cabeza en el fondo del armario.

De momento, René sólo se tenía que enfrentar a un enemigo, a Sergio, a quien le pegó con la rodilla en el bajo vientre. Luego utilizó la cabeza y le pegó un testarazo entre los dos ojos.

Sin embargo, Sergio era un tipo fuerte, y dio un tirón, echándose a rodar por el suelo, con el arma en la mano.

René ya estaba corriendo. Agujas al rojo vivo se clavaban en sus costados.

Salió del dormitorio y continuó corriendo, aunque pensó que nunca llegaría a la puerta porque antes se desmayaría. Su herida estaba arrojando mucha sangre.

Se tapó el agujero con la mano, abrió la puerta y salió de la casa.

Rió, pensando en lo estúpido que era. Tenía que llegar a la cochera, pero, mucho antes, Sergio le daría alcance.

La suerte estaba de su lado, porque no llegó a ocurrir. Abrió la cochera y se metió en el convertible. Los ojos empezaron a nublársele. Se iba a desmayar. De nada habían servido sus esfuerzos. Puso la llave de contacto en su sitio y le dio la vuelta. El motor del auto rugió como veinte tigres. Echó marcha atrás y estuvo a punto de matar a Sergio cuando éste entraba. El coche volteó al bastardo, o quizá él se dio impulso para evitar ser aplastado. René no se detuvo para saberlo. Terminó de dar marcha atrás, y luego puso la primera y apretó el acelerador.

El vehículo saltó hacia adelante.

—¡Maldito! —Oyó a Violette.

La vio en la puerta de la casa, con los puños apretados. Seguía hermosa, atractiva, seductora, y había resultado ser una víbora. La maldijo también, pero no pudo soltarlo en voz alta porque estaba acabado.

Llegó a la carretera principal y hundió el pie en el acelerador.

Montecarlo quedaba muy lejos, en otro planeta. Kilómetros y kilómetros, que nunca podría recorrer él, a menos que le hiciesen un trasplante de riñón, y quizá de hígado, ¿y por qué no de corazón? Eso era. Debía dirigirse a El Cabo, Africa del Sur, para decirle al doctor Barnard; «Doctor, socórrame, ayúdeme con su ciencia, y ayudará a Francia». Y se imaginó la escena con música de la Marsellesa. Al diablo. No supo cómo pudo llegar, a través del monte, de caminos secundarios, pero ya estaba en Francia. Qué hermoso era el suelo francés, un pueblo, otro pueblo... Dios mío, tenían que haber pasado horas, mil horas, un millón de horas al volante, con un boquete en el costado. La niebla persistía en sus ojos, y cada vez se hacía más espesa.

¿Cómo se llamaba aquel pueblo? Oh, sí. Durantón. Nunca lo había oído. Un buen lugar para morir, Durantón. Pero ¿y «eso», la mercancía?

No, no podía más. Y lo peor que podría ocurrir era que se desmayase mientras corría a más de cien. El coche se destrozaría, y él también quedaría convertido en trocitos de carne y de hueso, pero también «eso» se destruiría.

Vio un cartel: «Reparación del automóvil, Gaston Morel». Pero las dos puertas estaban cerradas.

Se detuvo, con chirriar de frenos, e hizo sonar el claxon.

Todo estaba silencioso. Pitó tres veces más, y se abrió una ventana, apareciendo un individuo.

—¿Qué quiere?

—Una avería.

—Pero son las tres de la mañana —parecía un hombre joven.

—Oiga, tiene que ayudarme...

—Escuche, amigo. Puede alojarse en el hotel Durantón. Está cinco casas más abajo. Abro a las siete y media de la mañana. Entonces le arreglaré el coche.

—Le daré una buena propina...

—No es por la propina.

—Estoy herido...

—¿Eh?

—Me voy a morir... Por favor, señor Morel... No puedo más, me muero...

El otro se quedó desconcertado.

—Pero ¿qué dice?

René Allix no pudo responder porque se desmayó.

CAPÍTULO III

Abrió los ojos.

Estaba tendido en una cama.

La nube era más espesa que nunca.

—¿Hay alguien ahí? —dijo, y su propia voz le sonó extraña.

Nadie le respondió.

¿Y si había caído en manos de Violette y de Sergio?... Alex ya no lo contaría con el pildorazo que había recibido en el pecho. Oh, no, no podría ser porque entonces lo habrían matado. Sabía demasiado, y él podía entrar en contacto con cualquiera de sus compañeros. No, ellos no trabajaban así. Si un hombre era herido, había que rematarlo. ¿No era también ése su modo de trabajar? Qué gran profesión de la agente. Sangre y muerte. Cuerpos deshechos, cuerpos convertidos en carbón...

Su costado. Mil demonios le estaban aplicando allí barras al rojo vivo. Se tocó el boquete. Lo habían cubierto con un vendaje.

Una puerta chirrió.

—Ya despertó.

Era la voz que conocía.

—¿Es usted, Morel?

—Sí, Gaston Morel.

—¿Dónde está?

—Delante de usted. ¿No me ve?

—No, señor Morel, no le veo.

—¿Qué le pasó?

—Un accidente.

—No me dirá que la bala salió de una escoba...

—No. Trataron de robarme en el camino...

—¿Quiénes?

—Dos hombres. Oiga, Morel, dejemos eso... ¿Quién me curó?

—Yo mismo. Llamé por teléfono al doctor Duval, pero estaba asistiendo a un parto. Bueno, he llamado más veces. El señor Duval me ha asegurado que vendrá en cuanto haya ayudado a llegar al mundo al hijo del carnicero, me refiero al señor Mourier. Gané una apuesta, ¿sabe? Dijeron que ella traía mellizos, pero yo le dije que sólo traía uno. A propósito, ¿cómo se llama?

—Allix, René Allix.

—Pues le voy a dar otra sorpresa, señor Allix. Su coche no tenía ninguna avería. Bueno, ahora comprendo por qué se detuvo. Por la herida. Usted tiene algún secretillo porque yo no me creo lo de los ladrones.

René pensó que aquel mecánico de automóviles era simple, pero simpático.

Se oyó un frenazo brusco en la calle.

—Gaston, asómese a la ventana.

—¿Para qué?

—Quiero que vea quién se ha detenido.

—Está bien. Allá voy.

Oyó los pasos de Morel, y que luego se detenía.

—¿Quiénes son, Morel?

—Un hombre y una mujer.

—¿Cómo es la mujer?

—Cabello rojizo... Demonios, es sensacional... Qué cuerpo, señor Allix... Sólo de tarde en tarde llega una como ella.

Estaba describiendo a Violette. No tuvo ninguna duda.

—Morel, ¿el tipo tiene el pelo cortado a cepillo?

—Sí.

—¿Dónde dejó mi coche, Morel?

—Le eché un vistazo para saber lo que tenía. Di una vuelta, y, como el coche respondió perfectamente, lo dejé otra vez a la entrada.

Estaba descubierto. De un momento a otro, Sergio y Violette subirían allí, con pistolas. Lo matarían y, naturalmente, también matarían a Morel.

—Morel, son dos liquidadores.

—De impuestos, ¿eh? Demonios, la chica debe hacer un buen negocio. No habrá contribuyente que se le resista...

—Asesinos.

—¿Cómo ha dicho?

—Que son dos asesinos, dos criminales.

—¿De qué está hablando, señor Allix?

—De que usted está en peligro de muerte.

—¿Se refiere a que ellos fueron los que...? —Morel se detuvo, haciendo un gallo con la voz.

—Sí, Morel, ellos fueron los que me atizaron.

—Pero usted dijo...

—No importa lo que dijese antes. Ahora le estoy diciendo la verdad. Pensé ingenuamente que los había burlado... Escúcheme, Morel... Tiene que ir a Montecarlo.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, usted... Y no me interrumpa, por favor.

—Pero estoy hecho un lío.

—Tranquilícese... Tiene que ir a Montecarlo... Allí se celebra un Festival de la Canción...

—¿Sabe una cosa, señor Allix? Yo también canto, pero aquí, en el pueblo. Tenemos una orquesta que se llama Los Cinco Leones. Dicen que no lo hago nada mal. Ya sabe, música ye-yé...

—Oiga, le dije que no me interrumpiese.

—Es que estoy muy nervioso... El hombre y la mujer ya han entrado en el taller.

—¿Cómo se puede llegar hasta aquí?

—Por una escalera.

—¿Tiene otra salida?

—Sí.

—¿Por dónde?

—Por aquí, por la ventana.

—Saldrá por la ventana.

—Eh, oiga, ¿quiere que me mate? Me dan vértigo las alturas. Además, no lo puedo dejar aquí. Está herido. Esas personas serán comprensivas. No le harán daño.

—Morel, trabajo para el Gobierno francés... Usted es un francés.

—Desde luego.

—Ahora debe hacer algo por su patria...

—Ya hice el servicio militar.

—Morel, ese hombre y esa mujer están al servicio de una potencia extranjera, enemigos de Francia. Quieren algo que yo tengo... Usted debe entregarlo a Perrin.

—¿Perrin Char? ¿Se refiere al cantante?

—Sí.

—¡Señor Allix, es mi favorito! ¡Y el de Los Cinco Leones, y el de todas las chicas de Duranton!

—Podrá conocerlo personalmente.

—¡Y hasta le pediré un autógrafo!

—Olvídese de eso ahora, Morel. Esa mujer y ese hombre están a punto de llegar... Llévese mi coche.

—Prefiero el mío.

—Tiene que llevarse el mío porque es donde guardo «eso».

—¿«Eso»?

—Lo que ellos quieren apropiarse, sin importarles un muerto más o menos, y eso le incluye a usted.

—Yo estoy vivo.

—No lo estará por mucho tiempo, si no se marcha ahora mismo por la ventana. ¿Qué está esperando? ¡Salga!... Y recuerde, usted es mecánico. En el coche está la mercancía.

Se oyó gemir un peldaño.

—¿Qué es eso, Morel?

—Están subiendo.

—Lárguese.

—No puedo dejarlo aquí.

—No puede hacer nada por mí... Ya hizo todo lo que podía. Y si ahora quiere hacer algo más, vaya a Montecarlo y haga lo que le he dicho. Rápido, o aquí habrá dos cadáveres, usted y yo...

Gaston Morel era un joven de unos veintiséis o veintisiete años, de cabello encrespado, rostro de facciones simpáticas.

Miró a la calle y se mareó.

—¡No puedo!... ¡No puedo!

—Lárguese...

—¡Caeré y me convertiré en una tortilla!

—Aquí lo llenarán de agujeros.

—Como un queso gruyere, ¿eh? Prefiero la tortilla...

Morel subió a la ventana.

—¡Dios mío, me voy a caer, me voy a caer!...

Y cayó, soltando un aullido, pero quedó colgando del alféizar.

—Silencio... —dijo Allix.

—Usted no está aquí colgando como un jamón.

Morel guardó silencio al oír que la puerta empezaba a abrirse.

En la habitación entró primero Sergio, con la pistola con silenciador, y luego Violette, que también manejaba un arma, una pistolita muy mona, negra y brillante.

—Aquí está —dijo la hermosa joven.

Quizá por un instinto de conservación, o por una causa misteriosa, la nube se fue disipando ante los ojos de René Allix. Vio a sus dos verdugos.

Violette se acercó al lecho.

—Querido, ¿cómo estás?...

—Un poco mejor.

—Cuánto me alegro.

—Eres muy amable, querida, amor, dulzura...

Gaston Morel, que seguía colgando en la ventana, al oír aquel diálogo tan afectivo, estuvo a punto de hacerse ver, pero, de pronto, Sergio dijo:

—¿Le meto ya la bala en la barriga?

Fue definitivo para que Morel se quedase pataleando otra vez en el vacío.

—Espera, Sergio... Lo debe tener.

—Lo matamos primero, y lo registramos después.

—No, Sergio, primero hay que asegurarse de que tenemos la mercancía, y luego, bala a la tripa.

—Como tú quieras.

—Ya has oído, René —habló la pelirroja del hermoso cuerpo—. Estás sufriendo mucho, amor... Yo misma te pegaré el tiro, y ya sabes que te lo meteré en el corazón. Así no padecerás más. Pero si lo hace Sergio, pasarás muy mal rato antes de que la muerte extienda sus descarnados brazos hacia ti.

—Eres muy poética.

Morel, colgando en la ventana, se dijo que allí no había ninguna poesía. Pero ¿qué estaba haciendo? Tenía que marcharse. René Allix no le había engañado. Pero ¿cómo se dejaba caer desde lo alto? Se partiría una pierna, y entonces también habría plomo para él.

En aquel momento vio llegar un carro cargado de alfalfa. Él tío

Maurice tiraba del caballo, y el caballo tiraba del carro.

—Eh, Maurice... —empezó a decir en voz baja, y silbó tan suavemente que ni él mismo se podía oír.

No, Maurice pasaría de largo porque no podía percatarse de que él se encontraba colgado de la ventana.

Ya iba a pasar junto a él.

A Gaston se le ocurrió una idea. Pegó con la puntera del zapato en la pared y cayó un trozo de cal justo sobre el sombrero de Maurice, y fue bastante para que éste soltara una de sus imprecaciones y levantase la cabeza.

—Eh, Gaston, ¿qué haces ahí?

Morel hizo unas muecas raras para que se callase.

Maurice se echó a reír.

—Eso es lo que hacía yo para ver a una chica... ¿Quién es ella, Gaston? Demonios, pero si estás en tu propia casa, y ahí no hay ninguna mujer.

Gaston se soltó una mano y la sacudió como si dijese: «Si vieses la mujer que hay aquí dentro...». El carro estaba ya justo donde debía estar, y se dejó caer.

—Eh, ¿qué fue ese ruido? —preguntó Sergio.

—Bastardos —dijo René Allix—. Ahora sabréis quién soy yo. Os voy a llenar de plomo.

Movió la mano hacia el colchón, como si tuviese allí una pistola, cuando no tenía nada.

Sergio apretó el gatillo una y otra vez, cuando René empezaba a sacar la mano.

Allix saltó en el colchón, al ser mordido por las balas.

—Estúpido —dijo Violette—, lo has matado.

—Iba a sacar una pistola.

La mano de René Allix colgaba sin ningún arma.

La joven metió la zurda bajo el colchón.

—¡No tenía ninguna pistola!

—Pero él dijo...

De pronto, oyeron el rugido de un coche.

—¡El auto de René! —gritó Violette, y corrió hacia la ventana.

Efectivamente, era el auto deportivo de René Allix, conducido por Gaston Morel.

El tío Maurice gritó:

—Eh, Morel, ¿dónde vas?

—Tengo una cita con la chica de mis sueños, tío Maurice.

—Pero ¿no es Françoise? Está en el pueblo. La acabo de ver.

Morel soltó una maldición. Miró hacia la ventana, y vio a la pelirroja con una pistolita en la mano.

—¡Hasta la vista, tío Maurice! ¡Es una esquimal! ¡Le escribiré desde Alaska!...

El coche salió disparado hacia adelante, y tuvo que sortear el carro de tío Maurice, la esquina de la panadería, y una mujer que salía con una tabla en lo alto de la cabeza, llena de bollos. La mujer se asustó tanto que esparció por el aire el contenido de la tabla. Y por fin, Gaston Morel desapareció, haciendo crujir el coche...

Violette se volvió hacia Sergio, que estaba mirando ya por encima del hombro.

—¿Quién era?

—¿Quién va a ser? El mecánico, Morel.

—Pero ¿por qué se fue?

—Qué tipo con más talento eres tú. Está la mar de claro. ¿Dónde está René Allix? En esta casa. ¿Y de quién en esta casa? Del reparador de automóviles. ¿Sabes sumar dos y dos?

—Son cuatro.

—Pues suma todo lo que te dije antes, y llegarás a la conclusión de que tenemos que quitar del medio a otro hombre, porque es él quien tiene ahora «eso».

—El mecánico.

—Sí, talento. Dos y dos son cuatro.

Sergio echó a correr y Violette fue detrás, pero antes de salir, se detuvo, y miró a René. Frunció el ceño, al ver que había muerto con una sonrisa en los labios.

—No creas que has ganado, René, no lo creas, ni por un momento —dijo la atractiva pelirroja.

CAPÍTULO IV

Violette se metió en la cabina telefónica de la estación de servicio. Marcó un número y oyó la voz:

—¿Quién llama?

—Violette, Ogro.

—Informe.

—Estamos sobre la pista.

—¿Quiere decir que todavía no lo tiene?

—No, Ogro.

—Son ustedes unos ineptos. ¿Dónde están Sergio y Alex?

—Alex murió, pero Sergio está conmigo.

—Violette, ¿sabe lo que significaría un fracaso?

—Escuche bien, Ogro. También murió René Allix.

—Y no me diga que se llevó su secreto a la tumba.

—No, Ogro. Se lo llevó un mecánico.

—¿Un qué?

—Un mecánico de coches.

—Pero ¿de qué me está hablando?

—Sergio hirió mortalmente a René Allix. Pero él logró huir. Lo recogió el dueño de un taller de reparaciones de coches en Durantón. Se llama Gaston Morel... Pero no tiene que preocuparse.

—¿Que no me preocupe? Sí las cosas siguen por ese camino, «eso» irá a parar a la «Renault» o a la «Citroën»... ¡Un mecánico de coches!

—Escuche, Ogro, grabamos una conversación telefónica de René Allix con su jefe. Lo sabemos todo. Allix debía entregar «eso» a Perrin Char, un cantante que tomará parte en el Festival de la Canción de Montecarlo... Está claro que Allix transmitió el encargo al mecánico... ¿Se da cuenta, Ogro? Todo está claro. Ese Gaston

Morel es un aprendiz dé espía, y no se saldrá con la suya.

—¿Desde dónde llama usted?

—Desde Ferragut.

—¿Qué ventaja les lleva Gaston Morel?

—Pasó por aquí hace media hora.

—De acuerdo, Violette. Entonces, Gaston Morel no pasará de Grenoble.

—Pero Gaston Morel lleva un coche deportivo.

—No sea ingenua, Violette. No me refería a ustedes. Tenemos gente en Grenoble. Ellos enviarán a Gaston Morel a la fosa.

—¿Qué hacemos nosotros, entonces?

—Cuando lleguen a Grenoble, diríjense al restaurante Brunetiére. Enseguida me pongo en contacto con nuestro hombre en Grenoble. Su nombre completo es Raymond Brunetiére... Usted sólo tiene que hacerse cargo de «eso», y ponerse inmediatamente en camino hacia París.

—¿Alguna instrucción especial para Gaston Morel?

—No se preocupe. En Grenoble se ocuparán de él. Lo matarán y quemarán su cadáver. Eso es todo... Corto.

* * *

Gaston Morel había conectado la radio del coche, la cual esparcía música, y Morel cantaba. Sí, cantaba porque ponía en práctica aquello de «el que canta su mal espanta».

Era una canción de las que él había creado, la que producía más entusiasmo, entre sus *fans* de Duranton, cuando él la interpretaba con Los Cinco Leones, sus compañeros. Su título era *No me lavaré, no me afeitaré y no me peinaré hasta que me des un beso*. Resultaba muy gracioso el final, porque, con mucha habilidad, y dando una vuelta sobre sí mismo, aparecía con una larga barba y con una peluca con muchas greñas.

De pronto, se llevó la sorpresa. Una joven estaba haciendo autoestop, pero de una forma muy original, acompañándose con una guitarra. Y ella cantaba otra canción, aunque no la de las greñas.

Gaston detuvo el coche deportivo para escucharle.

—Sube —dijo Gaston cuando ella terminó con un rasgueo de la

guitarra.

—Gracias.

Ella corrió hacia la derecha y cogió una mochila de detrás de un arbusto.

Se cubría con una blusita y con pantalones cortos. Era muy esbelta, y poseía encantos bien visibles.

Se sentó al lado de Morel y le dijo:

—¿Adónde vas?

Morel puso en marcha el coche.

—Te he preguntado dónde vas —repitió la joven.

—Eh, chica, eres muy exigente.

—Hay que tener cuidado con cierta clase de tipos.

—Eh, que yo no soy un viejo verde.

—No, tú eres un joven con muchos impulsos.

—No sabes lo cierto que es eso.

—Pues estate quieto.

—Está bien. Me estaré quieto... ¿Cómo debo llamarte?

—Catherine Laurent.

—Soy Gaston Morel. ¿Y adónde quieres ir?

—A Montecarlo.

—¿Y por qué a Montecarlo?

—Porque allí se va a celebrar el Festival de la Canción.

—¿Vas a tomar parte en él?

—Claro que no. Yo soy una novel. Pero me han dicho que quizá se me presente una oportunidad. Se van a reunir allí los mejores cantantes de Europa, y también estarán los más importantes agentes de las casas de discos, de teatros, de salas de espectáculos.

—Pero lo mismo que tú, habrán pensado muchos centenares.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—Haré el viaje en balde —dijo la joven, decepcionada.

—Según.

—¿Según qué?

Gaston le dirigió una mirada al cuerpo, desde los pies a la cabeza.

Catherine le contestó, irguiendo la barbilla:

—Ni lo pienses. Soy una mujer honesta.

—Lo celebro.

—No lo creo.

—¿Y por qué no lo crees?

—Porque ya imagino quién eres tú.

—¿Y quién soy?

—Uno de esos jovencitos millonarios, que se creen que el mundo es de ellos. ¿Por qué? Porque su mamá y su papá siempre se han ocupado de él... —Catherine golpeó el coche con la palma de la mano, mientras remedaba—: «Quiero el mejor coche deportivo, papaíto»... «¿Y para qué, hijito de mi corazón?»... «Para participar en una carrera»... «No, trocito de mi vida, que te puedes matar»... «¿Has oído eso, mamaíta? Papaíto no me quiere dar mi coche, no me lo quiere dar»... «Pero, querido, el niño debe tener su coche, no vaya a ser que le causemos un trauma»...

Gaston Morel se echó a reír, y aplaudió, dejando el volante suelto.

—Eh, coge el volante —gritó Catherine—. No quiero llegar a Montecarlo convertida en un cadáver...

—Puedes bajar cuando quieras. No viajaré solo.

—Naturalmente. ¿Quién se te puede resistir, con este coche? Estoy segura de que tienes las chicas que quieres.

—A montones. Soy irresistible para las morenas, para las pelirrojas, para las rubias...

—¡Que te crees tú eso! Lo único irresistible es tu coche y tu cartera.

—Bueno, ¿qué culpa tengo yo de ser un millonario? ¿O esperas que regale mi dinero?

—Oh, no. Sería muy malo para ti. Tendrías que trabajar.

—Eh, chica, ¿qué te he hecho yo?

—Nada, pero odio a los tipos ociosos que están podridos de dinero.

—Conque eres una *hippy*...

—Sólo soy una hija de mi tiempo.

—Conque te hicieron con polvo de estrellas... ¿O llegaste al mundo cabalgando sobre un rayo de luna?

Catherine parpadeó.

—Eso es muy poético... Caramba podría servir para una canción... Sí, y apuesto a que sería bonita —se puso a rasguear la guitarra y a cantar con voz desigual—: «Te hicieron con polvo de

estrellas... ¿O quizá llegaste al mundo cabalgando sobre un rayo de luna?».

—Suenan mal.

—¿Y cómo tiene que sonar?

Lo marcas muy aprisa. Hay que hacerlo con más lentitud, más suave... Por ejemplo, así...

Gaston se puso a cantar aquella canción que había compuesto tan sólo un par de semanas antes, en obsequio de Françoise, la chica de la que creía estar enamorado. Pero sólo dijo la primera estrofa.

Catherine lo estaba acompañando con la guitarra, cuando él se interrumpió, dijo:

—Eh, cantas bien, Gaston.

—No lo hago mal del todo, según dicen.

—¿Has cantado en público?

—No —mintió Gaston.

—Oh, claro, tú no lo necesitas...

—Pero tengo un buen amigo que canta.

—¿Quién es?

—Perrin Char.

Catherine agrandó los ojos.

—¿Te refieres a...?

—El mismo. ¿Sabes? Yo también voy a Montecarlo. Perrin Char y yo somos como éste y éste. —Gaston le mostró dos dedos cruzados.

—¡Dios mío, Perrin Char, el único, el sensacional, el número uno!... ¡Y tú eres amigo de él!...

—Compartimos todos los secretos... Imagínate, hace poco tuve que saltar de una ventana por él.

—¿Es posible?

—Tan seguro como que ahora es un día primaveral y no hay tormenta.

De pronto surgió un hombre por la derecha, entre unos árboles, y se puso a disparar una metralleta.

Las balas silbaron por encima del coche.

—¿Qué es eso? —gritó Catherine.

—Un cazador de patos.

—Estamos en tiempo de veda.

—No querrás que nos detengamos para que le imponga una

multa... —repuso Gaston tragando saliva, y apretando a fondo el acelerador.

Tomó una curva haciendo gemir los neumáticos, y pasó el peligro que representaba el hombre de la metralleta.

—Estamos llegando a Grenoble —dijo ella—. Tengo hambre.

—Yo también. De pronto he sentido hueco el estómago.

—Eh, allí hay un restaurante... Restaurante Brunestière.

Había varios coches aparcados, y Gaston llevó el suyo junto a la fila.

Gaston continuaba con su mono de trabajo, tal como había sido sorprendido por los acontecimientos en su taller de Duranton, aunque, como todo ocurrió muy temprano, el mono estaba bastante limpio.

Un hombre calvo, de unos cincuenta años, vio el convertible, y sus ojos centellearon.

Catherine y Gaston se dirigieron hacia él.

—Pasen, señores —dijo el hombre calvo—. Primera puerta a la izquierda.

Los dos jóvenes entraron en el restaurante.

Un coche negro llegó en aquel momento, y de él bajo un hombre que vestía de oscuro y portaba un estuche de violín.

—Eres un estúpido, Otto —dijo el calvo—. Te dije que te apostases en la curva de las Perdices.

—Yo esconder, señor Brunetiére.

—¿Y qué pasó?

—Coche demasiado bajito. Balas pasaron por arriba de la capota.

—La misión ha sido incumplida, y yo soy el responsable.

—Muchachos no escapan. Yo cargarme a los dos aquí.

—Eso, y que me echas a perder el restaurante.

—Poner cuidado.

—No, Otto, tú estarte quieto... Quiero decir que te estarás quieto. Es cuenta mía.

—¿Qué haces?

—Veneno.

—Buen final.

—Pero no has justificado tu fama. Viniste aquí como matarife.

—Yo ser muy bueno con violín. Grandes conciertos.

—Pero aquí perdiste el papel.

—Yo rectificar y sonar gran rapsodia.

—Quédate en el coche. Ahora me ocupo yo de que ese Gaston Morel reciba la dosis.

—¿Y la chica?

—Está claro que la recogió en el camino. A ella no le pasará nada. Sólo tendrá veneno el plato de Morel.

CAPÍTULO V

—Demonios, no sabía que tuviese tanto apetito —dijo Gaston, y echó a la boca un trozo de pan, a la espera de que llegase el primer plato, sopa a la *boullabaise*.

Un camarero que parecía salir de una película de Drácula puso delante de cada joven un plato, y se inclinó.

—¿Han elegido ya el segundo?

—No, todavía no —contestó Catherine.

—Entonces, me permito recomendarles carne en salsa Strogof. Es una especialidad de la casa.

—Muy bien. Que sea esa carne en salsa Strogof —contestó Catherine—. ¿Y tú, Gaston?

—De acuerdo.

El camarero sonrió, mientras se dirigía a la cocina.

Allí estaba Brunetiére.

—¿Resultó, Fedor?

—Sí, patrón. Puedo servir el veneno.

—Yo me ocuparé de eso.

—Oh, no, patrón, usted no me privará de ese placer.

Hace mucho tiempo que no mato a nadie. Casi dos meses...

Brunetiére puso una mano en el hombro del camarero.

—Fedor, esto es muy personal.

—Señor Brunetiére, ustedes me contrataron para...

—Para servir las órdenes de la superioridad.

—Yo tengo mi reputación.

—Fedor, tú vas a servir el plato. Lo llevarás en tu mano. Se lo pondrás delante a Gaston Morel. Prácticamente, eres tú quien se lo va a cargar. ¿No te das cuenta?

—Bien mirado —sonrió Fedor con orgullo—, voy a ser yo.

—Bravo, muchacho, te portas muy bien. Te recomendaré al jefe.

—Gracias, señor Brunetière. Pero recuerde que usted me prometió que un día tendríamos un banquete de bodas con carne de salsa Strogof para todos...

—Sí, muchacho, sí, ese día llegará. Todo es cuestión de paciencia.

El camarero puso delante de Catherine y de Gaston Morel el plato con carne en salsa Strogof.

—Con la recomendación del cocinero, señores. Se ha esmerado al máximo, y le ha salido una salsa exquisita.

—¿La probó? —inquirió Gaston.

—No, pero...

—Pruébela.

—Oh, no, de ninguna forma. No nos está permitido.

—Lo digo porque se le ha hecho la boca agua.

—Sí, señor, pero yo comeré en la cocina.

Gaston se puso de pie de un salto, y el camarero dijo, ofendido:

—El plato tiene muchas especias, pero todas de primera calidad, caballero.

—No he saltado por el olor de su salsa. Es mi coche. Lo están asaltando.

Echó a correr, y salió del restaurante.

Efectivamente, el hombre del estuche, Otto, estaba registrando el coche deportivo.

—Eh, usted, ¿qué hace ahí? —gritó Gaston.

Otto se volvió, sobresaltado.

—Yo perder perro.

—No soy secuestrador de perros, violinista.

—Ser un buen perro cazador. Yo quererlo mucho.

—Pues búsquelo en otra parte. No está en mi coche.

—Yo perderlo aquí y rastrearlo —al mismo tiempo que así decía, Otto aspiró fuertemente.

Catherine salió también del restaurante.

—Eh, Gaston, es el cazador de patos.

—¿Estás segura?

—Sí, claro. Lo vi bien.

—Usted está mal de la vista, amigo —dijo Gaston—. Nos confundió con dos piezas con plumas.

Otto empezó a ponerse rojo.

—Yo no ser cazador. Ser músico.

—Pues enséñeme su violín.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Quiero ver su instrumento.

—Eso no poder hacerlo. Ser un violín muy caro. Un Stradivarius.

—Sin embargo, quiero verlo.

Otto se desconcertó ante la insistencia del joven. Pudo correr, pero no lo hizo.

Gaston le quitó de un tirón el estuche.

Entonces Otto se arrojó sobre Gaston, lanzándole el puño a la cara.

Morel recibió el golpe flojamente porque estaba preparado y, en el último instante, giró hacia un lado. Otto se vino hacia adelante, al medio fallar.

Entonces Gaston le estrelló el estuche en la cabeza. Otto cayó como una rana.

El estuche se había roto, y la metralleta resbaló al suelo.

Otto se levantó, y echó a correr hacia su coche. Gaston lo siguió.

—¡Espere, concertista! ¡Olvida su Stradivarius!

Pero Otto ya estaba dentro de coche, y lo puso en marcha, lanzándolo contra Gaston Morel.

Éste tuvo que saltar para no ser atropellado.

El coche de Otto se perdió a lo lejos, con chirridos de neumáticos y de carrocería.

Gaston, con la metralleta en la mano, se dirigió hacia Catherine, que seguía en la entrada del restaurante.

—Dios mío, Gaston, eso es...

—Sí, Catherine, lo que estás viendo.

—Pero con eso no se cazan patos.

—Es que hay cazadores muy abusones... Anda, vamos a seguir comiendo.

Entraron en el local, y Gaston puso la metralleta junto a su silla.

De pronto, vio un gato en el suelo. Estaba maullando lastimeramente.

—¡Eh, camarero!... —llamó Morel.

Fedor, el camarero, se acercó diciendo:

—Transmitiré sus felicitaciones al cocinero.

—Todavía no. Sólo lo llamaba por el bicho.

—¡Dios mío, es «Marcelo»!

—Creo que está enfermo.

Uno de los clientes se acercó, limpiándose la boca con la servilleta.

—Vi lo que pasó, y puedo contarlo. El gato se subió a la mesa, cuando la señorita se marchó, y comió de ese plato —señaló el de Gaston.

Fedor se puso más pálido de lo que era.

—Caballero, eso le puede indicar lo buena que es nuestra carne con salsa Strogof.

—Pues yo diría que al cocinero se le fue la mano en la salsa.

—¿Por qué dice eso?

—Porque el gato se está muriendo, y apuesto a que de nada le sirven sus siete vidas.

—¡Señor Brunetière! ¡Señor Brunetière! —gritó el camarero.

El dueño del restaurante salió disparado de la cocina.

—¡Enseguida llamo a un doctor para el caballero!

—Será mejor que llame a un veterinario —le corrigió Gaston.

—¿Qué?... ¿Cómo?

—Es «Marcelo» quien necesita los cuidados de la ciencia, y no yo.

—Fedor, ¿cómo ha podido pasar esto?

—Un descuido, señor Brunetière. Yo estaba mirando por la ventana. Nuestro cliente discutía con un hombre...

—Sirve ahora mismo al señor otro plato.

—No, gracias —repuso Gaston—, Otro de lo mismo, no. La señorita y yo tenemos mucha prisa. Nos vamos.

—Caballero, la casa le presenta sus disculpas —dijo Brunetière, a punto de echarse a llorar—. ¿Quizá el caballero prefiere otra cosa? Tenemos unas setas sensacionales.

—Ya lo imagino. Setas a la Funeraria.

—Eso es. ¡Digo no, señor! Setas a la Pompadour.

—Pues llévenselas a ella... Dígame qué le debo.

—Oh, no, de ninguna forma le pienso cobrar. Quiero decir que la casa los invita. Y eso le puede dar una idea de nuestra buena disposición hacia los clientes.

—Y no dudo que también ponen el ataúd.

—Desde luego. Oh, quise decir que el señor es muy gracioso...

—Ustedes son mucho más graciosos que yo... Vamos, Catherine. Gaston se llevó la metralleta.

—¿Qué significa todo esto, Gaston? —preguntó Catherine, al llegar a la calle.

—Es mejor que no te lo cuente.

—¿Por qué no?

—Porque papaíta y mamaíta me dijeron que no debía meter en líos a las chicas monas que encuentro en mi camino haciendo autoestop.

Montaron en el coche, y Morel lo sacó del aparcamiento hacia la carretera que se dirigía a la Costa Azul, a Montecarlo.

Brunetiére y Fedor, en el restaurante, estaban mirando fijamente por la ventana el coche de los jóvenes.

—Ha fracasado, señor Brunetiére. Debí dejarme a mí.

—Fue el gato.

—Pero usted puso algo en el plato que le gustó a «Marcelo».

En aquel momento un hombre salió de la oficina.

—Es para usted, señor Brunetiére. De París.

Brunetiére compuso una mueca, y acudió a su despacho para atender la llamada.

—¿Diga? —inquirió por el micro.

—Le felicito, señor Brunetiére. Ese trabajo que acaba de hacer lo hará subir tres peldaños más en la escalera.

—Verá, Ogro... Las cosas no salieron como era de esperar y como yo hubiese querido.

—¿Qué trata de decir?

—Hubo un par de fallos.

—¿Un par de fallos nada más? —contestó el Ogro con ironía.

—Otto lo intentó con la metralleta. Yo, con el veneno.

—Ande, dígame que ese mecánico, Gaston Morel, tiene siete vidas como los gatos.

—No, señor. Tiene más.

—¿Cómo?

—Murió el gato, señor.

—¿De qué gato habla?

—Del mío. Fue él quien tragó el veneno.

—Usted también lo va a tragar, y a grandes dosis, Brunetiére.

—Tengo aquí a muchos hombres, Ogro. Ordenaré que emprendan la persecución.

—¿Todavía no la ha ordenado?

—No, señor. Las cosas pasaron demasiado aprisa.

—Pues dese usted prisa en rectificar, o descenderá doce peldaños de la escalera. ¿Y sabe lo qué significa?

—Lo imagino, Ogro. Bajo doce peldaños, y me encuentro en el infierno.

—Correcto, señor Brunetiére, estupendamente correcto, Hemos luchado mucho, hemos gastado mucho dinero para tener «eso». ¿Lo entiende, señor Brunetiére? Y «eso» no se nos puede escapar. Está en poder de ese mecánico, de Gaston Morel, y hemos de poner todo nuestro empeño para que caiga en nuestras manos...

CAPÍTULO VI

El coche deportivo corría como una flecha.

De pronto, Catherine dijo:

—Eh, Gaston, ahí delante hay un automóvil parado, y unos hacen señales para que nos detengamos.

Eran dos hombres.

El supuesto coche averiado estaba cruzado en la carretera, de forma que nadie podía pasar.

Gaston frenó bruscamente.

—¿Pueden ayudarnos? —sonrió un hombre de cabello rubio y mirada fría como el hielo.

—¿Qué les pasa?

—Algo del motor.

El otro hombre estaba inclinado sobre el capó delantero, que aparecía abierto.

Gaston tenía una mano sobre la metralleta.

—De acuerdo. Ahora mismo bajo.

Entonces, el hombre del capó, que estaba inclinado, se volvió con una larga «Luger» en la mano.

—¡Al suelo, Catherine! —gritó Morel, y puso en marcha una ráfaga.

El tipo disparó, pero lo hizo cuando ya estaba recibiendo el plomo que casi lo partió en dos.

El rubio sacó una pistola de la sobaquera.

Gaston no se detuvo a pedirle disculpas. Le mandó otra ráfaga, y el rubio fue empujado como un muñeco hacia donde estaba su compañero.

En aquel momento se oyó el rugido de un coche que venía de Grenoble.

Catherine estaba blanca como el yeso porque no se había echado al suelo en el convertible.

Gaston ya estaba otra vez ante el volante, e hizo que su auto sortease el obstáculo, saliendo de la carretera. Luego apretó a fondo el acelerador.

—Ya no nos atraparán —rió—. Puedes estar tranquila, Catherine.

—¿Crees que puedo estar tranquila?... ¿Quién eres tú, realmente?

—¿Quién crees tú?

—El primer tipo que nos encontramos en la carretera no era un cazador de patos. Quería matarte, Gaston.

—Si.

—La carne con salsa Strogof estaba envenenada, y fue destinada a ti y no al gato.

—Sí.

—Y esos hombres quisieron también liquidarte.

—No tengo más remedio que contestar que sí.

—¿Por qué?

—Todavía no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Llevo encima un secreto tan secreto que ni yo mismo lo conozco.

—Gaston, ¿estás tratando de tomarme el pelo?

—No, Catherine, te he dicho la verdad.

—Quiero conocerla.

—Tengo otra idea.

—¿Cuál?

—La de que te bajes.

—¿Bajar yo de aquí?

—De esa forma saldrás del lío.

—Ya estoy metida en él. Me han visto demasiadas personas contigo. Y da la casualidad de que todas ellas han hecho cosas horribles.

—Quizá tengas razón.

—Entonces, Cuéntamelo todo.

—Es una historia tan fantástica que no la creerás.

—Prueba.

Gaston le hizo el relato de lo que le había acontecido aquella madrugada, cuando en su casa de Duranton fue despertado por el sonido de un claxon.

La joven se echó a reír, cubriéndose la boca con la mano.

Gaston la miró con el ceño fruncido.

—Me gustaría también encontrarlo gracioso.

—Me río porque me la pegaste... Tú, un millonario...

—Decepcionada, ¿eh? Pues entérate de que hoy en día, un mecánico de coches es también un tipo importante. Es dueño de vidas.

—Y de la cartera del cliente.

—Es la mala fama que tenemos, pero también los hay honrados.

—¿Eres tú uno de ellos?

—Absolutamente... Además, te diré que yo también sé cantar.

—¿De veras?

—¿Es que no lo demostré?

—Sí, no lo hacías mal.

—He ganado cinco premios.

—¿Qué premios?

—El de la Fiesta de la Primavera en Duranton al mejor intérprete de música moderna; el de San Blas, patrón de Duranton, al mejor compositor; el Gran Concurso de...

—De Duranton.

—Sí, de Duranton.

—¿Has ganado algún premio fuera de tu pueblo?

—Hasta ahora, no me presenté en ningún otro sitio. Mi taller no me deja tiempo.

—Y el resumen es que no conoces a Perrin Char.

—No. Pero ahora lo tendré que conocer.

—No podrás hacer nada por mí.

—Quién sabe... Pero ¿qué estoy diciendo? Tú te bajas.

—Yo sigo contigo, Gaston.

—¿Por qué?

—Porque quiero llegar a Montecarlo.

—No soy el único que se dirige a Montecarlo. Puedes subir en otro coche.

—Y encontrarme con un viejo verde. No, gracias. Te prefiero a ti, un joven con impulsos.

—Yo soy dinamita.

—Necesitas ayuda.

—No me la puedes prestar.

—Eso tú no lo sabes. Será una forma de pagarte el viaje.

—Oye, ni siquiera el coche es mío...

—A propósito de coche, Gaston. Te dijeron que el secreto estaba aquí, y ese hombre estaba registrando el auto. ¿Has buscado ya?

—Sólo superficialmente.

—¿Y qué encontraste?

—Nada... Bueno, está la documentación normal. La póliza de seguros, los recibos, algunos mapas... Los examiné minuciosamente, y no hay nada anormal en ellos. Todo está en regla.

—Entonces, tienes que registrar.

—Somos perseguidos.

—Saca el coche de la carretera. Conduce un rato por un camino secundario. Cuando lleguemos a un lugar seguro, nos detenemos. Supon que llegas a Montecarlo, y que te encuentras ya delante de Perrin Char. ¿Qué es lo que le vas a dar?

—Bueno, puedo entregarle el coche. Quizá él sepa dónde se encuentra el secreto.

—¿Y si él no sabe nada? Quiero decir que, probablemente, Perrin Char sólo se tendrá que hacer cargo del objeto que sea. ¿Cómo va a saber él que está en el coche?

—Me has convencido.

Gaston llevó el coche por un camino secundario y, cinco minutos más tarde, lo detuvo bajo unos árboles, cerca de un riachuelo.

—Manos a la obra —dijo Catherine.

Los dos se pusieron a buscar en la guantera, en los rincones, debajo de los asientos...

Pero el resultado fue nulo.

—¿Dónde podrá estar? —dijo Catherine, sentándose en una piedra para descansar.

Gaston Morel estaba observando el motor y lanzó un grito.

—¿Te cortaste con algo, Gaston?

—No. Es que ya lo tengo.

—¿Qué cosa?

—El secreto.

Ella se levantó y fue corriendo junto a él.

—¿Dónde está, Gaston?

—En ese tubo.

—Yo no veo nada.

—Eso es justamente. El tubo no sirve para nada, es un tubo extra, que colocaron ahí.

—Sácalo.

—Necesito unas tenazas. Lo han asegurado con un par de tuercas.

Gaston sacó la caja de herramientas y utilizó las tenazas en el tubo. Sacó al fin éste, y lo volcó sobre la palma de la otra mano. Salió una cápsula, la cual contenía un rollo de película.

Gaston extendió el filme. No medía más de dos palmos. Los jóvenes lo miraron al trasluz.

—¡Por todos los santos, parece una partitura! —exclamó Catherine.

—Y es una partitura.

—De una canción.

—Sí.

—Y tiene letra. Déjame que la cante.

—Cantémosla a dúo.

—Una, dos, y tres...

Los dos se pusieron a cantar lo que leían en el microfilme.

Una noche te conocí,
otra noche me enamoré
y también era de noche cuando te perdí.
Oh, noche, noche, noche.
Qué negra era la noche, la noche en que morí.

Catherine se interrumpió y también lo hizo Morel.

—¿Has sacado algo en claro, Gaston?

—No. Se me ha hecho de noche.

—No hagas chistes malos.

—¿Y qué es lo que sacaste tú, Catherine?

—Estoy a oscuras.

—¿Quién hace los chistes malos?

—No quise hacer ninguno.

Gaston dio un suspiro.

—Bueno, entregaremos la canción a Perrin Char, y él sabrá de qué va.

—Estoy de acuerdo.

Volvieron al auto, y poco después, entraban otra vez en la carretera principal.

Catherine, acompañándose con la guitarra, cantaba:

«Una noche te conocí... Otra noche me enamoré...».

CAPÍTULO VII

Perrin Char hacía ejercicios vocales frente al espejo, vestido de hindú.

Era un joven alto, con largas patillas y melena.

Su agente, Julien Cariat, paseaba por la habitación, con un largo cigarro en la mano.

—Hemos de ganar, Perrin.

—Deja de llamarme Perrin.

—Es tu nombre.

—Sí, pero me lo pusiste contra mi voluntad. Soy Jean Charquet.

—Eres Perrin Char, y deberías estar orgulloso de llamarte así.

—¿Por qué orgulloso, si es un nombre horrible?

—¿Sabes que hay más de un millón de muchachos en el país que quisieran estar en tu piel? ¿Por qué? Porque eres el gran Perrin Char...

El gran estúpido.

—¿Qué dices?

—Siempre tengo que hacer las cosas que tú dices. ¿Qué pasó anoche con la rubia?

—No te convenía.

—Claro, no me convenía para que te la llevaras tú.

—Necesitas acostarte temprano. Tus cuerdas vocales tienen que descansar.

—Y tú descansaste...

—Me sacrificué. ¡Ya sé, ya sé que tú no te lo creerás! ¡Pero me sacrificué! ¡Conoces cuál es mi lema: «Todo para Perrin Char»!

—Menos las rubias.

Se encontraban en uno de los hoteles más caros de Montecarlo, en una *suite* principesca.

—Esta noche tendrás el programa muy apretado. Es la presentación de los artistas. Una fiesta por todo lo alto. Serás el centro de atracción de millones de espectadores. Eurovisión televisará el acto. Recuerda tu sonrisa.

—Oh, sí, debo reír bien para que se marquen los hoyuelos.

—Esos hoyuelos te han dado la fama.

—De modo que soy un cantante, el número uno, y ahora resulta que debo mi fama a los hoyuelos.

—Tú sabes a qué me refiero. No basta cantar. Hay cantantes a patadas. Lo importante es la personalidad.

—Y yo la tengo, gracias a mis hoyuelos.

—Que inventé yo.

—No sabía que fueses mi padre.

—Sólo de los hoyuelos. Anda, dime, ¿cómo reías tú antes de conocerme?

—Me reía con muchas ganas. Pero, desde que tú me dijistes que tenía que sacar hoyuelos, cada vez que río, me muero de tristeza.

—Son gajes del oficio. Pero ha valido la pena.

En aquel momento sonó el teléfono. Julien Cariat estaba cerca de él, y atrapó el auricular.

—¿Sí, diga?... ¿París?... ¿Cómo?... ¿Un viejo?... Oiga, ancianito, Perrin Char no se puede poner... Está atendiendo a media docena de mujeres.

Perrin Char consultó el reloj, y se acercó rápidamente a Julien.

—Dámelo, Julien.

—Es uno de esos tipos cargante, un anciano.

A pesar de ello, Perrin atrapó el auricular.

—Perrin Char al habla.

—Señor Char, cómo puede soportar a ese imbécil que tiene al lado... Le habla el Viejo.

—Encantado, señor. Es usted muy amable al hablarme así de mi representante. Le transmitiré su felicitación por la forma en que lleva mis negocios...

—Escuche, Jean... Sobrevino una catástrofe... Mataron a René Allix, y él llevaba «eso» en su coche deportivo...

—Cuánto lo siento, señor Mercier. Su salud debe estar muy quebrantada.

—Peor fue para Allix. Trabajó mucho en este asunto y con éxito,

puesto que lo consiguió... Ahora, atienda bien... El lugar de Allix ha sido ocupado por un mecánico especialista en la reparación de coches.

—Es un consuelo que tenga usted tan buena compañía.

—Que se cree usted eso, Jean. El mecánico no tiene que ver con nosotros.

—Lo lamento, lo lamento mucho. Mi pésame, señor Mercier.

—Pero va hacia Montecarlo. Es increíble porque está siendo perseguido por una pandilla. No comprendo cómo lo ha podido conseguir. Burló a todos los enemigos. Tengo buenos informes. Lo trataron de matar a tiros, con veneno y salió ileso... Se llama Gaston Morel. Allix le pudo pasar el informe antes de que lo rellenasen... Pobre Allix... Hay también una chica. Su nombre es Catherine Laurent... Al parecer, Gaston Morel la recogió en el camino, y continúa con ella. Es una joven bastante mona...

—Cuánto lo celebro, señor Mercier...

—Tenga cuidado, Jean. Éste es el negocio más peligroso en que se haya metido hasta ahora. Usted ha prestado grandes servicios a Francia, aprovechando las facilidades que le conceden su fama y su nombre. No quisiera perderlo.

—Descuide, señor Mercier. Me preocuparé.

—No sabemos si Allix pudo pasar la historia completa a Gaston Morel. De modo que ha de estar preparado para no recibir la contraseña. Imagino que Morel establecerá contacto con usted. Cerciórese de que es él.

—Sí, señor Mercier. Tendré en cuenta sus consejos. Hasta ahora siempre me han servido para seguir adonde estoy.

—Eso es todo. Llame en cuanto haya llegado Morel.

—Descuide, señor Mercier.

—Suerte, y hasta pronto.

Perrin Char colgó el auricular, y Julien Cariat gritó:

—Conque un viejo te dio consejos para seguir adelante en tu carrera, para llegar a la cumbre... Conque yo no hice nada por ti... Conque no me debes nada...

—¿Por qué no dejas de protestar? Ese anciano es sólo un administrador, un tipo simpático, al que tengo afecto.

—Más que a mí... Lo he oído... No he perdido palabra... Soy un inútil, un peso muerto, un don nadie...

—Todo lo estás diciendo tú. ¿Quién te está acusando?

—Me largo a tomar un trago.

—Sí, con la rubia. Ella te estará esperando en el bar del hotel.

Julien Cariat se puso morado.

—Perrin, ¿es que te has convertido en un espía?

El cantante dio un respingo, pero procuró serenarse.

—¿Quién te espía, Julien?

—Será mejor que vaya a tomar ese trago. Te veré luego. Espero que hayas cambiado de humor.

—Cambia el tuyo también.

Julien Cariat salió de la *suite*.

Al quedar a solas, Perrin quedó pensativo, y se tironeó de la patilla.

—¡Patillas! ¡Patillas! —dijo, mirándose en el espejo—. ¿Cuándo podré afeitármelas? Quiero pelarme, quiero pelarme...

—Aquí está el barbero —dijo una voz.

Perrin se volvió bruscamente, y vio en la puerta a un par de desconocidos. Les sonrió.

—Perdonen, pero no recibo a estas horas a mis admiradores.

—Frío, melenas —contestó el más alto.

—Eh, ¿qué son ustedes?

—Adivínalo, gallito.

—Periodistas. Eso es. Muy bien. Les concederé una entrevista.

El alto miró al bajo.

—¿Qué te parece, Antoine?... Somos dos chicos de la Prensa.

—Pues a sacar la pluma.

Perrin sonrió, todavía benévolo.

—Tendrán que dejarlo para mañana.

—No, amigo —dijo el alto—. Ya sabe el refrán: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy».

—Me temo que esto tendrán que dejarlo.

—A que no —dijo el alto—. La pluma, Antoine.

—Sí, Marcel.

Antoine metió la mano en la sobaquera y la sacó. No tenía pluma, sino pistola.

Marcel lo imitó, y también exhibió un arma.

—Eh, ¿qué significa esto? —dijo Perrin Char.

—Adivínalo, pollo —replicó el alto Marcel.

—No me gustan sus adivinanzas.

—A nosotros nos divierte mucho el juego, ¿verdad, Antoine?

—Seguro, Marcel.

Perrin sintió un escalofrío por la espalda. El Viejo le había advertido que tuviese cuidado. Allí estaban aquellos dos tipos, que debían saber mucho más de lo que a él le convenía.

—Muchachos, ¿quieren un trago?

Había dejado su pistolera en el mueble-bar, debajo de una servilleta.

Ya se estaba moviendo hacia allí.

—Un paso más, y te dejo cojo, pollito —advirtió Marcel.

Perrin se detuvo.

—Oigan, ya sé lo que son ustedes. De modo que será mejor que vayamos al grano.

—¿Y qué somos?

—¡Un par de ladrones han venido a robar al famoso Perrin Char...!

—Eres un estúpido.

—No le consiento...

—Un estúpido engreído. Y vas a consentir otras muchas cosas, pollito. Por ejemplo, que otro ocupe tu lugar.

—¿Quiere decir que alguien va a cantar por mí? ¿Es lo que pretenden? ¿Secuestrarme para dar una oportunidad a un cantante novel? Muchachos, no debían echar mano a esas cosas. Díganme el nombre de su protegido, y yo me encargaré de su recital...

—¿Oyes, Antoine? El muchacho tiene buenas intenciones. ¿Le presentamos a nuestro protegido?

—Claro. ¿Por qué no? —asintió Antoine—. Yo mismo lo iba a sugerir.

Abrió la puerta a sus espaldas y dijo:

—Adelante, chico.

Perrin Char quedó asombrado, al ver entrar «a él mismo».

Sí, no cabía la menor duda. Era su doble, otro Perrin Char.

Antoine había cerrado la puerta y dijo:

—Parece que el pollito se quedó sin habla.

Marcel se echó a reír.

—¿No sabías que tenías un hermano gemelo, Perrin?

—¿Qué hermano gemelo ni qué narices?

—Eso es. Ahora has dado en el clavó. Cuestión de narices. La tienes demasiado grande, y nuestro protegido tuvo que someterse a un tratamiento especial para encajarla...

—Han ido demasiado lejos... ¿Creen que se la pueden pegar al público? ¿Intentan convencer a millones de espectadores que este hombre es Perrin Char? No sean ridículos. En cuanto se ponga a cantar, lo echará a perder. Nadie tiene mi voz.

—Eso es verdad. Anda, Eugene, demuéstrole cómo cantas.

El llamado Eugene, el doble de Perrin Char, abrió la boca y se puso a cantar:

La manguera dónde está dónde está la escalera la
manguera dónde está...

Su voz sonaba horrible, como el roce de una lima contra un barrote.

—¡Basta! ¡Basta! —dijo Perrin Char, poniéndose las manos en las orejas—. ¿Esperan pegar el timo con «esto»?

—Sí, gallito. Eso es lo que vamos a hacer.

—Están locos.

—Te falta saber algo, pollo. Eugene no va a cantar. Sólo ocupará tu lugar para hacernos con algo.

—¿A qué se refiere?

—Tú lo sabes.

—No sé nada.

—A «eso».

—¿«Eso»?

—Lo que te tenía que entregar René Allix. ¿Crees que sois los únicos inteligentes? ¿Vamos ya, Antoine?

Perrin se había quedado como el hielo. Retrocedió unos pasos.

—¿Qué van a hacer?

—Si te portas bien, todo quedará en lo que tú dijiste antes, en un secuestro —contestó Marcel.

—¡No lo consentiré!

—Grita o echa a correr y, de víctima de un secuestro, pasarás a ser un «fiambre».

Antoine le golpeó la cabeza.

Perrin empezó a verlo todo oscuro.

Marcel le pegó detrás de la oreja.

Perrin Char se desplomó sin sentido. Luego, Antoine se volvió hacia el falso Perrin Char y preguntó:

—¿Estás al corriente de todo, cabeza de chorlito?

—Sí.

—¿Qué es lo que sufres?

Eugene abrió la boca, y se la señaló, mientras decía con voz carrasposa:

—Estoy afónico, completamente afónico. No puedo ni hablar...

—Estupendo, muchacho, Antoine y yo retiraremos el paquete por la puerta de emergencia.

—Espera, antes tengo que ponerme el traje de Perrin.

—Póntelo, pero date prisa.

Unos minutos más tarde, el falso Perrin Char estaba vestido de hindú, mientras el verdadero quedó en paños menores.

Antoine y Marcel se llevaron al auténtico cantante.

Al quedar a solas, Eugene se tendió en la cama.

Pasaron unos minutos, y entró Julien Cariat.

—Bien, chico —rió, frotándose las manos—. ¿Estás de mejor humor?

Eugene sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Lo celebro, Perrin. Admito que estuve un poco impertinente antes, pero ya sabes que me pongo nervioso cuando nos enfrentamos con un acontecimiento como éste... Tú creías que yo iba con la rubia, pero te equivocaste. He tomado un trago con Larry Parker, el empresario americano. Si ganas el primer premio del Festival, nos contratarán para cincuenta representaciones en Estados Unidos.

El falso Perrin estaba inmóvil, con aire distraído.

Julien hizo una mueca.

—¿Es que no me has oído, Perrin? Te has quedado como si no hubieses escuchado nada, y es lo más grande que te he preparado desde que te saqué de aquel baboso restaurante en el que cantabas a cambio de la comida. ¿Es que no lo has oído? ¡Cincuenta representaciones en USA!... ¡Nueva York!... ¡Los Angeles!... ¡Chicago!...

Perrin señaló su boca.

—No puedo... —dijo con un carraspeo.

Julien empezó a abrir más los ojos.

—No, Perrin... ¡Eso no es posible...! ¡No me puede pasar a mí!...
¡Dime que me estás mintiendo!

El falso Perrin hizo un gesto afirmativo, y señaló otra vez su boca abierta.

—Liquidado, Julien... No puedo cantar...

Julien Cariat se derrumbó en el diván, como si hubiese sido cazado en la mandíbula por un peso fuerte.

CAPÍTULO VIII

—Ya estamos en Montecarlo —exclamó Catherine.

Gaston observó la bonita cara de la muchacha. Tenía los ojos brillantes.

—No puedo decir, al fin solos.

—Gaston, eso sólo lo dicen una clase especial de personas. Los novios, después de la boda.

—Tienes razón, porque aquí no hay boda... Vamos al Palacio del Festival. Allí nos dirán dónde se hospeda Perrin Char.

En los alrededores del Palacio del Festival se encontraba la gente más extraña, cuya vestimenta era una explosión de color, predominando los *hippies*, la mayoría de ellos con guitarras o con otra clase de instrumentos. Algunos improvisaban sus actuaciones en la calle.

Esta vez los ojos de Catherine se pusieron muy tristes.

—Tú acertaste, Gaston. ¿Cómo se me ocurrió venir?

—No te arrepientas de nada.

—Nadie me prestará atención.

—Ponte en bikini.

—Hay docenas y docenas de chicas en bikini.

—Ninguna de ellas se podrá comparar contigo.

—Es lo que tú dices. Pero ya he visto a media docena con tipazo. Creo que, en este ambiente, nada puede ser ya original, ni siquiera valdría disfrazarse de mujer-leopardo.

—Quizá si lanzases rugidos...

—Yo no lanzo rugidos. Yo canto.

—Es lo malo, que sólo quieres cantar.

—No seas corrosivo, Gaston.

—Ahora me refería a mí personalmente.

—¿Y qué quieres tú de mí? —le dijo ella con desafío.

Gaston titubeó.

—Bueno, ya que lo preguntas, quiero que te alejes.

—¿Por qué?

—Iré solo a ver a Perrin Char.

—Crees que te puedo robar el número, ¿eh?

—No, no es eso.

—¿Qué es entonces?

—Tengo miedo por tu seguridad.

—Me gustaría que fuese cierto.

—Lo es. Recuerda. Ésta es una lucha a tiro limpio. Lo lógico es que ahora hagan todo lo posible para que no llegue hasta Perrin Char. No, cariño, tú te quedas. Y si no me obedeces, te sacaré del coche a la fuerza.

Ella tomó su mochila, su guitarra y saltó del coche.

—Muy bien. Cantaré, que es lo mío.

Dejó caer la mochila en la acera, rasgó la guitarra y se puso a cantar una canción.

Gaston seguía con el coche detenido.

Los transeúntes pasaban, dirigían una leve mirada a Catherine, y seguían su camino.

Un poco más arriba había una orquesta de dos chicos y una chica. Armaban mucho jaleo. Ellos tenían muchos espectadores porque hacían el número cómico.

—Estás en mal sitio, Catherine. Sube y te llevaré a otro lado.

Ella siguió cantando.

—¿Es que no me has oído, Catherine? Aquí no vas a adelantar nada.

La joven hizo oídos sordos.

—Como tú quieras, Catherine. En cuanto termine con Perrin Char, pasaré por aquí. No te muevas de este sitio.

—Me iré donde me dé la gana —repuso ella, interrumpiendo la estrofa de su canción—. No cuentes con migo. Nunca me han gustado los tipos que llegan demasiado altos. Se lo creen enseguida.

—¡Yo no voy a actuar siquiera!

Catherine le dio las espaldas y cantó a una pareja de ancianos que se acercaban. Éstos se detuvieron, sonrientes, y escucharon a la joven, la cual dirigió una mirada de desprecio a Gaston Morel.

Éste suspiró y puso en marcha el coche.

Lo dejó en el aparcamiento, al lado del Palacio del Festival, y fue a la oficina de información.

Encontró mucha gente, demasiada, y todos hablaban a gritos.

Había una docena de chicas muy monas, con blusa roja y minifalda verde, una escarapela sobre una boina azul.

Gaston cogió a una de ellas por un brazo, a una rubia.

—Quiero saber dónde se aloja Perrin Char.

—Lo siento, pero no lo puedo decir.

—¿No es ésta la oficina de información?

—Sí, pero hay informaciones que se pueden dar, y otras que no.

El señor Char va a participar en el festival, y tenemos órdenes estrictas de que no se le moleste. Claro que el señor Perrin Char es un caso especial, por ser el más famoso de nuestros participantes. Usted lo entiende, ¿verdad?...

—Oiga, número tres —ésa era la cifra de la escarapela—, no soy un admirador. Quiero decir que no voy a molestar al señor Char por lo que usted cree. Soy su primo, y le traigo recuerdos de la familia.

La joven rió.

—¿Sabe cuántos primos tiene el señor Char?

—¿Cuántos?

—He contabilizado más de cien.

—Quizá tiene una familia muy numerosa.

—Sí, demasiado, y es extraño que todos se decidiesen a venir al festival. ¿Y sabe cuántos tíos? Veinticinco. Pero el récord es el de las tías. Unas doscientas...

—Le aseguro que lo mío es importante.

—¿De veras?

—Claro.

—Entonces tiene una oportunidad.

—Muy amable.

—Con su agente. Acaba de llegar. Es ese hombre que parece que va a morder a alguien.

Morel observó en la dirección que la joven le señalaba, y vio a un tipo bajo, regordete, al que seguían tres hombres que parecían periodistas.

—¿Cómo se llama él, número tres?

—Julien Cariat.

Gaston le dio las gracias, y se dirigió hacia Cariat, que se había detenido junto a una columna, y que estaba hablando a los periodistas.

—Perrin Char se encuentra en plena forma... Yo diría que mejor que nunca, y lo va a demostrar... Dada la categoría de Perrin, lo natural es que no hubiésemos aceptado esta invitación. Perrin no necesita ganar un concurso porque ya demostró lo que vale. Pero es un muchacho deportivo. Quiso competir. Me mandó al infierno, cuando traté de disuadirlo... Señores, eso es todo, por ahora.

Julien se despidió con un saludo.

Gaston Morel corrió detrás de él.

—Señor Cariat...

—Ya acabé las declaraciones —contestó Julien, sin detenerse.

—No soy periodista —contestó Gaston, manteniéndose a su altura—. Necesito ver a Perrin Char.

—Qué risa.

—¿Cómo ha dicho usted?

—Que nadie lo puede ver. Muchacho, esta noche en el festival tendrás ese gusto. Hasta la vista.

Julien Cariat apretó el paso, y se metió en una habitación, y casi dio con la puerta en las narices a Gaston. Éste se detuvo, esperó unos segundos y abrió.

Julien estaba a solas, hablando por teléfono.

—¿Doctor Durand...? Soy Julien Cariat. Tiene que venir a Montecarlo... ¿Que no puede dejar París...? Tiene que volar aquí inmediatamente... Se trata de Perrin Char... Una afonía... Claro que llamé a un doctor, pero resultó un matasanos. Bueno, fue Perrin quien lo llamó... El doctor de aquí dice que la afonía le durará al menos tres días... ¿Lo entiende bien? ¡Tres días! El tiempo que durará el festival... Doctor Durand, no me importan sus honorarios... Pida lo que quiera. Le pagaré... ¿Mañana? Ni lo piense... Perrin tiene que cantar esta noche... Tuvimos mala suerte en el sorteo. Pudo tocarle mañana, pero le salió el número cuatro... ¡Y tiene que actuar hoy!... ¿Que no puede?... Sí, ya sé, aquí hay otros doctores especialistas... Pero es usted el que ha tratado siempre a Perrin, y está considerado como el mejor. ¡Y yo quiero el mejor!... Por favor, del aeropuerto vaya usted al hotel Majestic. Estamos en la *suite* número siete...

Gaston cerró la puerta y abandonó el Palacio del Festival.

Montó en el coche y pasó por donde había dejado a Catherine. No vio a la joven, y el corazón le dio un vuelco.

¿Adónde había ido ella? Bueno, ¿por qué tenía que preocuparse? Quizá Catherine pensó que aquél no era el mejor lugar para su exhibición, y se había ido a otro.

Preguntó a un policía por el hotel Majestic, y poco después se dirigía hacia allí.

Pensó que, si preguntaba en el registro del hotel, se encontraría otra vez una negativa. De modo que pasó de largo.

Llevaba en su bolsillo la cápsula en donde estaba colocado el microfilme.

Llegó a la *suite* número siete, y llamó con los nudillos.

Abrieron la puerta unas pulgadas, y al otro lado vio la cara de Perrin Char.

—Lárguese —oyó que le decía.

—Oiga, señor Char, yo soy...

—Márchese o llamo a la dirección.

—Gaston Morel.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Gaston Morel.

—Dios mío, pase.

Gaston entró en la *suite*, y el hombre que él creía Char, le alargó la mano.

—Encantado de conocerlo, señor Morel.

—¿Sabe ya de mí?

—Claro.

—¿Quién le habló?

—El jefe.

—¿Qué jefe?

—¿No sabe quién es el jefe, Morel?

—No.

—Creí que René Allix se lo habría contado todo.

—No pudo contármelo todo porque murió... Bueno, eso es lo que supongo, porque lo dejé en manos de dos bastardos, un hombre con el pelo a cepillo y una pelirroja cruce entre ángel y demonio.

Perrin Char se echó a reír.

—¿De qué se ríe, señor Char?

—De eso que dijo de la pelirroja. Fue ingenioso.

Gaston arrugó el ceño. Char estaba hablando con naturalidad, y había visto y oído a Julien Cariat, con su preocupación por la afonía del cantante.

—¿Qué número va a cantar esta noche, señor Char?

—«Tus ojos ya no son tus ojos».

Antes del festival habían lanzado la canción como ahora se acostumbraba a hacer. Era bastante mala.

Gaston se puso a tararearla, y en un momento determinado, dijo:

—Perrin, ¿por qué al llegar a esa parte en que dice: «tus ojos me persiguen noche y día», no lo hace un poco más bajo? Algo como esto —lo cantó con la voz como debía ser.

—Creo que tiene razón, Morel.

—¿De veras?

—Sí, claro. Y la voy a cantar como usted dice.

Gaston se dijo que algo marchaba mal. ¿Por qué le decía Perrin Char que iba a cantar en aquel tono, cuando su representante estaba llamando al doctor Durand, un especialista de París, para que viajase hasta Montecarlo y atendiese a su pupilo?

—¿Me da «eso», señor Morel?

—No lo traje.

—¿Cómo ha dicho?

—Que no lo traigo conmigo.

—¿Por qué no?

—¿No se lo contó el jefe?

—Sí, me contó que usted estaba siendo perseguido. Se libró de la muerte varias veces.

—Así fue.

—Es un récord, tratándose de un mecánico que repara coches.

—También canto, Perrin.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que canta?

—Más o menos, sus canciones.

—Cuánto lo celebro. Pero volvamos a «eso». ¿Dónde está?

—En el coche.

—¿Qué coche?

—En el de René Allix. Supuse que usted lo sabría, Perrin.

—Oiga, yo sólo tengo que recoger la mercancía.

—Cante.

—¿Cómo?

—Que cante.

—No tengo ganas de cantar, Gaston.

—Quiero oírle un poco, sólo un trocito.

—Pero ¿por qué quiere que haga eso?

—Para cerciorarme de que es usted Perrin Char.

—¿Qué idea absurda se le ha metido en la cabeza?

—Señor Char, yo me he identificado, pero usted, no.

—Claro que me he identificado. ¿No estoy en la *suite* de Perrin Char? ¿No tengo la cara de Perrin Char? ¿No visto como Perrin Char?...

—La mejor forma de identificación es que cante como Perrin Char.

—Me está cansando.

—¿Por qué no se excusó, Perrin?

—¿Eh?

—Pudo decir que estaba afónico.

—Claro que estoy afónico.

—Pero no lo dije.

—Me está armando un lío, Morel. Pensé que sería usted una persona agradable, pero ya veo que me equivoqué.

—Si está afónico, ¿por qué habla con naturalidad, Perrin?

—Puedo hablar, pero no puedo cantar.

—Muy curioso. Está bien, se lo admitiré.

—Gracias.

—Pero cante un poco. Puede hacerlo perfectamente, aunque sea a media voz.

—No me da la gana.

—Entonces, me largo.

—¿Que se va? ¡No puede hacerlo! Recuerde al jefe.

—No conozco al jefe.

—Pero es el que lleva este asunto. Usted ocupó el lugar de Allix, es un advenedizo.

—Sí, soy un mecánico que repara coches y que, de pronto, se vio metido en el lío más grande de su vida. Intentaron varias veces matarme, como usted dijo, pero logré salir ileso. Y estoy deseando entregar la mercancía, pero sólo la entregaré cuando haya llegado el momento de hacerlo.

—Ya llegó.

—No, Perrin. Siguen ocurriendo cosas raras.

La puerta se abrió bruscamente, y entraron la pelirroja Violette y Sergio, ambos con pistola.

—Señor Morel —dijo Violette—, van a seguir ocurriendo cosas raras. Como, por ejemplo, Sergio le va a volar la cabeza...

CAPÍTULO IX

Gaston Morel respiró profundamente.

—Hola, rojiza. Os hice correr mucho.

—Pero llegamos a tiempo.

El falso Perrin Char gritó:

—¿Por qué habéis venido, Violette?

—Estábamos en la otra habitación, escuchando vuestro hermoso diálogo. Eres una calamidad, Eugene. Gaston sonrió al joven vestido de hindú.

—Conque Eugene, ¿eh? ¿Dónde está el verdadero Perrin Char?

—Vete al infierno. Eres un estúpido, Morel. Pudiste darme la mercancía, y salir de aquí con vida. Y ya ves la que has armado.

—Me habríais matado más tarde.

—No. Sólo eres un pobre diablo. Díselo tú, Violette.

La bella pelirroja sonrió.

—Te has portado bien, chico, pero ya terminó tu aventura.

—Eso parece.

—Saca la mercancía.

—Ya le dije a Eugene que no la tengo aquí.

—Regístralo, Sergio.

Gaston soltó una imprecación. En un momento, Sergio daría con la cápsula, y luego, se acabó. No, no podían dejarlo vivo. Era increíble cuanto le había sucedido. Tenía su taller de reparaciones en Duranton, y todos los días, a aquellas horas, estaba trabajando, y de pronto, el destino había intervenido, y gracias a él había conocido a una joven de clase especial, a Catherine, pero también había conocido a una colección de bastardos, y éstos eran los que hacían el juego ahora porque tenían los mejores naipes.

—Hola, Marcel, hola, Antoine —dijo la pelirroja.

—Pasen, señores, pasen —se burló Gaston Morel—. ¿No queda nadie en el corredor?

Marcel hizo una mueca.

—Fuera bromas, muchachito, o te parto la boca —miró a la pelirroja—. Se supone que os debíais estar quietos. Vosotros perdisteis.

—Nunca me doy por vencida.

—Estás interfiriendo, Violette. Vuestra parte terminaba en Grenoble.

—Quéjate al jefe.

—¿Crees que no sé lo que hay entre tú y el jefe?

—No seas obsceno, Marcel.

—Estoy diciendo la verdad.

—Te puede costar caro decir la verdad.

—Tú y Sergio os vais.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, Marcel. Gaston Morel es nuestro prisionero, y no consentiremos que nadie nos lo quite.

Gaston había tenido un respiro, pero se estaba preguntando qué adelantaría con eso. Sergio no lo había registrado, y conservaba la mercancía en el bolsillo. ¿Hasta cuándo? Aquellos bastardos peleaban entre sí. Eran como buitres que reñían por un despojo. No le gustó la comparación porque el despojo era él.

Violette porfió con Marcel:

—Le hemos seguido la pista hasta aquí, y es nuestro.

—Nuestro.

—Todavía no, Marcel. Nunca lo perdimos.

—¿Por qué no lo atrapasteis antes de llegar a Montecarlo?

—Tuvo mucha suerte.

—No es un profesional, y os burló varias veces.

—¿Eres el jefe, para criticarnos?

—No. Pero nadie me quitará el bocado de los dientes.

—¡Protesto! —exclamó Gaston.

—Tú te callas —dijo Marcel.

—Sergio —intervino Violette—, regístralo.

—Sergio no lo va a registrar —ladró Marcel—. Es cosa nuestra.

Gaston se preparó para escapar, cuando empezasen los puñetazos. Sería difícil lograrlo, pero lo intentaría, a pesar de las

balas.

Marcel le hizo una seña a Antoine, y éste caminó hacia Sergio, con la pistola en la mano. Éste también levantó su arma, y dijo:

—No des un paso más, Antoine.

El aludido tuvo que detenerse.

Todos tenían una pistola en la mano, excepto el falso Perrin Char y Gaston Morel.

Y en ese momento entró Julien Cariat.

—Todo listo, Perrin. Vendrá el doctor Durand.

Se quedó con la boca haciendo una «O».

—Perrin, ¿qué es esto?... —Se echó a reír—. Ya lo entiendo. Forma parte del festival. Es una orquesta.

—Póngale un nombre —dijo Violette.

—Usted debe ser la vocalista, y la orquesta se llama «Los Pistoleros de Chicago». Se lo dije a Perrin, influencias de «Bonnie y Clyde»... Perrin quiso actuar como un gangsters, pero yo no quise que perdiese su personalidad, y acerté. Hoy todos los cantantes actúan en plan de pistoleros, como ustedes... Está bien, chicos Ya terminó el número. Perrin tiene que descansar, pero lo daré boletos gratis para que vean al cantante número uno de Europa.

—¿Ya terminó, señor Cariat? —Gruñó Violette.

—Faltan los boletos.

—No queremos boletos.

—No me digan que ustedes actúan también en el festival.

—Estamos actuando fuera de él.

Gaston Morel dijo:

—Señor Cariat...

—Ah, ¿es usted...? ¿Por qué es tan pesado, muchacho? Ya le dije que dejase en paz a Perrin Char.

—Fueron ellos los que lo dejaron en paz, y con ello quiero decir que pueden hasta haberlo matado.

—¿De quién está hablando?

—De Perrin Char.

Julie señaló al falso Perrin.

—¿Está loco, muchacho? Aquí está Perrin.

—No es Perrin. Sólo es un tipo que sustituyó a su muchacho. Por eso tuvo que inventar lo de la afonía.

—¡Oh, no!

—Ande, dígale que cante. Usted conoce su estilo, mejor que nadie.

—Perrin, canta.

—Que cante tu tía.

—No lo hace mal del todo. Mi tía quiso que yo la representase. Me costó trabajo quitármela de encima... Anda, muchacho, canta para que el conjunto de «Los Pistoleros de Chicago» sepan lo grande que eres.

Violette intervino:

—Eh, agente estúpido, cierre ya el pico, o se lo cierro yo de un pildorazo.

Fue a salir, pero Antoine se le puso delante y le clavó la pistola en el pecho.

Violette dejó oír su voz llena de ira:

—Aquí hay demasiada gente, y vamos a solucionar este negocio de una vez por todas.

—Lo mismo digo —agregó Gaston—. Yo me voy. Esta atmósfera es irrespirable.

Echó a andar, pero Marcel le interrumpió el camino, apuntándole también con la pistola.

—Me quedo —dijo Gaston—. Violette, que se marchen todos ellos. Tú y yo nos quedaremos solos, y apuesto a que nos entenderemos.

—¡Nadie saldrá de aquí! —gritó Marcel—. ¡Yo soy el amo!

Otra vez se abrió la puerta, que golpeó contra Sergio, y Sergio golpeó contra Marcel, y los dos cayeron hacia adelante y arrastraron a Antoine. Fue como el juego de bolos.

En el hueco estaba Catherine, que miraban con asombro lo que estaba pasando en la habitación. Tenía motivos para ello.

Gaston saltó sobre Violette, y le pegó en la muñeca con el filo de la mano.

La pistola de la pelirroja cayó al suelo.

Entonces Gaston retrocedió hacia el hueco y empujó a Catherine.

—¡A correr, nena! ¡Son gangsters!...

Cerró la puerta con el pie, cogió a Catherine y tiró de ella, arrancándola materialmente del suelo.

De la *suite* llegaron exclamaciones, gritos, voces...

—Yo sólo quería saludar a Perrin —dijo Catherine.

—Primero debemos encontrarlo.

—Pero si estaba ahí dentro.

—No era él.

Seguían corriendo mientras hablaban y, en un momento, estuvieron abajo.

—Gaston, ¿estás seguro de lo que dices?

—¿Es que no viste las pistolas, o vas a ser como Julie Cariat, que los tomó por un conjunto musical?

Llegaron al aparcamiento, y se metieron en el coche.

Gaston puso en marcha el convertible, y salieron de allí, disparados.

De pronto, por la parte trasera apareció el camarero del restaurante Brunetiére, Fedor, el tipo con aspecto de Drácula. Tenía también pistola.

—Buenos días —dijo.

Los dos jóvenes lo miraron, y Catherine gritó:

—¡No quiero carne con salsa Strogof!...

—Ahora no sirvo de eso. ¿No es verdad, señor Morel?

—No, ahora sirve balas al riñón.

—O a los sesos.

—Qué camarero con más pésimo gusto —gimió Catherine.

—Hoy día la servidumbre está insoportable —asintió Gaston.

—Conque se la pegaron otra vez a mis compañeros... —rió Fedor—. Era lógico, teniendo en cuenta sus posibilidades, señor Morel. Vi como se desembarazó de Otto.

—También me desembaracé de usted.

—Fue cuestión de suerte, por el gato.

—¿Cómo debo llamarlo?

—Fedor.

—Eh, Gaston —dijo Catherine—. Se llama como Dostoyewski. Le leí Crimen y castigo.

—Pero el crimen lo va a cometer con nosotros.

Fedor rió, satisfecho.

—Sí, muchachitos lindos —otra vez se le hacía la boca agua.

—Eh, usted, baboso —dijo Gaston—, no puede viajar ahí.

—¿Por qué no?

—Porque éste es un dos plazas, y ese sitio es para el equipaje.

—Eso es —asintió Catherine—. Tírese a la calle.

Por un momento, Fedor había quedado desconcertado, pero enseguida reaccionó:

—¿Quieren callarse, par de payasos? Va a obedecer, Morel.

—¿Y cuál es la orden?

—Arrimará el coche adonde yo le diga.

—No veo ningún precipicio por aquí.

—Lo encontraremos enseguida.

—¡Yo hablaba en broma!

—Pero yo lo decía en serio. Continúe por esa carretera, y llegaremos enseguida a unos bonitos acantilados.

Catherine gimió:

—Gaston, hemos llegado al final.

—¿Por qué se te ocurrió ir al hotel? Creí que estabas haciendo tu actuación.

—La terminé.

Gaston hizo un viraje brusco, aprovechando aquel diálogo. Su intención era que Drácula saliese despedido por la borda.

La risita de Fedor le demostró que de nada le había valido su estratagema.

—Soy como un murciélago —dijo el camarero—. Me basta una sola mano para agarrarme adonde sea.

—Oiga, murciélago, podernos llegar a un acuerdo.

—Claro. Vosotros os morís, y yo me quedo con «eso».

Catherine chilló:

—¡Eso no es un acuerdo, es un panteón!

—Para vosotros.

—¡No me gusta! ¡Y tampoco le gusta a Gaston!

—Echad una mirada hacia el mar... Qué hermoso paisaje... Es un lugar donde van a reposar vuestros cuerpos. Deberíais darme las gracias. Dos jóvenes llenos de vida no tendrán que esperar a que la vejez acabe con ellos. Moriréis llenos de facultades, de vigor y de belleza, porque, todo hay que decirlo, sois bellos.

—Eh, que yo soy muy varonil —repuso Gaston.

—Como tú quieras, mecánico... Saca el coche de la carretera.

—¿Por qué no has obedecido? ¿Quieres que te vuele la cabeza?

—No me gustaba ese trozo de paisaje. Estoy seguro de que delante los hay más hermosos.

—De acuerdo, pero, como la próxima vez no sigas mis instrucciones...

—No puede disparar o nos iremos al barranco.

—Tienes razón. Mataré a la chica.

—¡Yo no manejo el volante! —exclamó Catherine.

—Me importa un rábano quien conduzca de los dos. Ya lo sabes, Morel, a la próxima jugarreta te quedas sin chica.

—Le voy a dar una sorpresa. No es mi chica.

—Te gusta, y eso es lo importante.

—¿Quién le ha dicho que me gusta?

—Estáis muy unidos, y apuesto a que ya os dijisteis que habéis nacido el uno para el otro.

—No, todavía no. Pero si nos da un poco de tiempo, se lo diré a Catherine.

—Está bien. Adelante. En el fondo soy un romántico.

La joven gritó:

—¡No, Gaston! ¡No quiero una declaración ahora! Espera a la noche.

—Tienes razón, Catherine. Esta noche hay luna llena, Fedor soltó otra risita.

—Muy bien, truquistas, se acabó el diálogo del drama. Llegó el momento de la acción. A la derecha, Morel, junto a esos pinos.

Gaston llevó el coche a los pinos, pensando que allí se acabaría todo.

CAPÍTULO X

—Fuera del coche —ordenó Fedor—. Y recuérdalo, chico. Nada de estratagemas o es ella quien se va primero a la fosa.

Efectivamente, estaba apuntando a Catherine.

Gaston bajó de mala gana, pero no intentó nada.

Catherine se puso a su lado.

—Gaston, creo que no habrá para nosotros una nueva luna llena.

—Te equivocas, querida. Fedor olvidó lo más importante.

—¿Qué es lo que olvidé? —preguntó el camarero.

—Que no tengo la mercancía.

—Tu último truco apesta. Os vi salir de estampida del hotel Majestic, y oí lo que decíais. De modo que sé que la tienes. A la de tres, si no la sacas, la chica se va al fondo del mar.

Catherine miró el precipicio a su espalda, y dio un salto, colgándose del cuello de Morel.

—Gaston, no lo permitas.

—No lo permitiré... Está bien, Fedor, tú ganas —fue a meter la mano en el bolsillo.

—Quieta la mano.

—Sólo quiero darte la mercancía.

—De acuerdo. Pero si es una pistola, no te daré tiempo para usarla.

Gaston sacó la cápsula que contenía el microfilme.

—Allá va.

—No lo tires.

—¿Por qué no?

—Porque puede caer al fondo.

Eso es lo que pretendía Gaston, arrojar la cápsula, pero se habría quedado corto para que cayese al suelo y obligar a Fedor a cogerla.

—Dásela a la chica. Vamos, deprisa.

Gaston le entregó la cápsula a Catherine.

—Bien, nena, ahora ven hacia mí.

La joven caminó hacia Fedor, y le alargó la cápsula.

Fedor se la quitó de un zarpazo. Después de ver el microfilme al trasluz, dijo:

—Hermoso, muy hermoso Todo el mundo va detrás de esto. Y yo soy quien lo consiguió. En fin, chicos, mala suerte para vosotros.

—Confórmese con ser el vencedor —repuso Gaston—. Déjenos vivir.

—No puedo. Es algo más fuerte que yo mismo. Estáis mejor muertos que vivos. Es un favor que os hago.

—¡No nos gustan esa clase de favores! —exclamó Catherine.

—Tiempo perdido, nena. A la fosa.

Gaston saltó. Tenía que ser un salto muy especial para apartar a Catherine del camino de la bala y caer sobre Fedor.

Tuvo suerte en sorprender al verdugo, quizá porque éste no esperaba una reacción de último momento.

La joven cayó por el lado malo, hacia el precipicio, y soltó un chillido, pero logró agarrarse a las rocas, y quedó colgando.

Gaston atrapó la muñeca de Fedor, al tiempo que éste hacía fuego.

La bala se perdió en el mar.

Luego, los dos hombres rodaron. Hacia el precipicio también.

Catherine los vio llegar y gritó:

—¡Por aquí no, que estoy yo!...

Como si quisiesen hacerle caso, se detuvieron, forcejeando.

Morel golpeó la mano de Fedor contra una piedra y la pistola cayó en el abismo.

Ahora estaban en igualdad de condiciones.

Fedor metió la rodilla en el vientre de Gaston, y éste salió despedido.

Fedor rió, y al ver que Morel había quedado maltrecho, se volvió hacia Catherine.

—Hasta la vista, nena.

—¡Quiero seguir viviendo!...

Fedor cogió una piedra para pegarle con ella en las manos.

—Al agua, amor...

—¡No la necesito! ¡Me baño todos los días!

Catherine apartó la diestra hacia otro lado y la piedra sólo le rozó los dedos de la zurda.

Gaston se rehízo y atacó como un res, con la cabeza por delante.

Lo hizo muy a tiempo porque Fedor iba a golpear con la piedra la frente de Catherine.

El camarero asesino salió despedido por el aire, pasando por encima de la joven. Soltó un aullido mientras caía por la sima, y luego se estrelló abajo, contra una roca, y de allí rebotó al mar, en donde se hundió.

La joven dijo:

—¡Me desmayo, Gaston!

Morel la cogió de las muñecas y la izó.

Se abrazaron.

Transcurrió un minuto antes de que Catherine dijese:

—Gaston, se llevó el microfilme.

—Sí, se lo llevó.

—Eso quiere decir que se acabó la aventura para nosotros.

—No lo sé.

—¿Por qué dices que no lo sabes?

—Ese asunto tendrá cola. ¿Quién sabe que Drácula, digo Fedor, está allí abajo con el microfilme? ¿Lo creerán la pelirroja, Sergio y compañía?

Catherine hizo un gesto de pánico.

—Sí, Gaston. Te comprendo. No lo van a creer —lo dijo con un hilillo de voz—. Nos seguirán acosando hasta que le hagamos compañía a Fedor.

—Vámonos de aquí. Tenemos que pensar algo.

—¡Ya lo tengo! Nos compramos dos equipos de submarinistas, y buscamos la cápsula por ahí abajo.

—Era demasiado pequeña. Fedor la tenía en la mano. Podríamos estar ahí un par de años, y no la encontraríamos... Además, puede ser arrastrada por la corriente, sepultada por la arena, escondida entre las rocas...

—Dios mío, tienes razón. Adiós, microfilme.

—¡Es cierto...! «Una noche te conocí... Otra noche me enamoré»...

—Y también era de noche cuando te perdí... Oh, noche, noche,

noche...

—La noche en que morí... —repitió Gaston la última frase.

—Es bonito, ¿verdad?

—Sí, no está mal.

—¿Y qué es lo que has sacado en claro, Gaston?

—Nada. ¿Y tú?

—Nada.

—Entonces, estamos arreglados.

—Vámonos de aquí.

Poco después, corrían en el convertible rojo.

—¿Qué querrá decir la canción, Gaston?

—No tengo ni la menor idea.

—Yo tampoco. Y eso es lo malo.

—Pero nosotros no somos agentes secretos.

—No, no lo somos.

—Tú eres el triunfador de Duranton.

—No digas eso. Soy un mecánico.

—Pero cantas muy bien.

—Eres muy amable. Esto sólo lo dices tú y algunas personas de Duranton.

—Debería saberlo todo el mundo.

—Creo que voy a seguir siendo mecánico.

—No tienes derecho. Quiero decir que Europa debe saber que eres un buen cantante.

—Tú cantas con estilo... Vales mucho más que la mayoría de las que están en la cumbre... Ellas lo deben casi todo a la propaganda, y tú lo debes a tu garganta...

—Somos un par de tontos, Gaston —sonrió Catherine—. Yo te pongo a ti por las nubes, y tú me pones a mí por la nubes. ¿Qué ganamos con eso?

—Distraernos un poco —sonrió también él—. En realidad, en estos momentos a ninguno de los dos nos importa llegar a lo alto como cantantes... Es el microfilme, la canción, lo que hay detrás de ella, lo que nos tiene preocupados. Y empezamos a hablar de nosotros para disimular...

—Otra vez acertaste. Pero ¿qué hacemos, Gaston?

—Sólo hay una respuesta para eso: Perrin Char.

—Fue secuestrado.

—Tenemos que volver a su hotel para saber lo que ocurrió.

—¿Crees que vale la pena ir? Nos estarán esperando.

—Ya no tenían nada que hacer allí, puesto que nosotros nos marchamos.

Gaston ya estaba conduciendo por las calles de Montecarlo, y poco después, llegaban al aparcamiento de donde habían salido.

—No me pidas que te espere aquí, Gaston. Voy contigo.

—¿Tienes la funda de la guitarra?

—Claro.

—Dámela.

Catherine se la dio, y Gaston metió en ella la metralleta que había pertenecido a Otto.

—Lleva tú la guitarra para disimular, Catherine.

Entraron en el hotel.

Esperaban encontrarse con una gran confusión, pero todo parecía normal.

No se detuvieron, y pudieron llegar ante la puerta, de la *suite* número siete.

Gaston abrió sin llamar.

Julien Cariat estaba en un sillón, con el traje hecho unos zorros, harapos, un ojo hinchado, y un vaso de *whisky* en la mano.

—¿Ustedes?

—Sí, nosotros —asintió Gaston.

—Entren, muchachos, quedan invitados a mi funeral.

Los dos jóvenes entraron, miraron a un lado y a otro.

—¿Dónde están? —inquirió Gaston.

—¿Se refiere a la manada de bisontes que me pisotearon?

—Sí.

—Se largaron.

—¿Y Perrin Char?

—¿El auténtico o el falso?

—El verdadero.

—No lo sé.

—¿Ha hecho algo por recuperarlo?

—Me dijeron que, como diese un solo paso para encontrarlo, me dejarían pinchado en la pared como un insecto.

—Usted es el agente de Perrin Char. No puede consentir que él continúe en manos de esa canalla.

—Claro que no lo puedo consentir. Pero debo consentirlo porque tengo cuatro bocas que alimentar. Me casé, ¿sabe? Siempre fui un idiota.

—Oiga, Julien, ¿ha olvidado que esta noche ha de actuar Perrin Char?

—Tendrán que conformarse con un disco de Perrin.

—¿Es eso todo lo que va a hacer?

—Muchacho, yo no nací para Superman. Sólo sé intrigar en el mundo del espectáculo, y todos reconocen que no soy malo. Me llaman el «Hitchcock de los Escenarios». Y ahora, por favor, recen un responso por mí, pero háganlo en voz baja...

CAPÍTULO XI

La pelirroja Violette marcó el número en el dial.

—¿Quién es? —le contestaron al otro lado.

—Violette, informando, Ogro.

—¿Ya lo tiene?

—No.

—¿Cómo?

—Todo se perdió, Ogro.

—No me irá a decir que ese mecánico les ganó la partida.

—Es triste reconocerlo, pero nos ganó.

—Violette, usted tiene un cuello muy bonito, de cisne...

—Gracias.

—No era un requiebro. Era para recordarle que un cuello de cisne se quiebra fácilmente.

—Fue culpa de Fedor.

—Fedor estaba en Grenoble.

—Vino detrás de nosotros.

—¿Y qué pasó?

—Se llevó a Gaston Morel y a la chica al acantilado...

Naturalmente, Fedor le sacó «eso». Estaba en una cápsula.

—¿Cómo lo sabe?

—Por Otto.

—¿Otto también está ahí?

—Sí, señor. Vio correr el convertible de Allix. Dentro iban Gaston Morel y esa chica, Catherine Laurent. Pero también estaba Fedor. Entonces Otto los siguió, pero perdió su pista. Llegado a un punto, Otto se valió de unos prismáticos, al fin los localizó y pudo presenciar la escena, desde lejos.

—¿Qué escena?

—Fedor recibió «eso» y se dispuso a liquidar a los dos jóvenes, lanzándolos por un acantilado. Pero fue él quien dio el gran salto.

—¿Con «eso»?

—Sí, señor, con «eso». Así terminó el caso.

—Violette, es usted una estúpida.

—Lo reconozco. Soy una estúpida.

—No me refería al resultado de la misión, sino a los jóvenes. Debo suponer que ellos viven.

—Sí, señor, viven.

—Gaston Morel y la chica tuvieron mucho tiempo en su poder esa cápsula y lo que encerraba...

—Sí.

—¿No es lógico pensar que se informaron de su contenido?

—No pensé en esa posibilidad.

—Usted no piensa en nada.

—Tuve en cuenta que Gaston Morel y Catherine Laurent no están relacionados con los servicios especiales, y supuse que «eso», lo que había en la cápsula, tendría que estar en clave.

—Quizá sí, quizá no. Lo increíble es que ustedes hayan dado por terminado el caso, sin explotar sus posibilidades.

—Lo siento.

—No lo sienta. Tiene que seguir adelante. ¿Y Perrin Char?

—Está aquí, con nosotros. Vamos a liquidarlo.

—Bien hecho. Así sabrá el Viejo que nosotros también jugamos fuerte.

—La canción va a perder a uno de sus mejores intérpretes.

—Tiene usted malos gustos, Violette. Ese muchacho sólo hace que berrear.

—Entonces, ya no berreará más.

—Atrapan a Gaston Morel y a Catherine Laurent, y sáquenle el secreto, cueste lo que cueste.

—Sí, Ogro.

—Eso es todo. Llamen en cuanto sepan algo.

Colgaron a la otra parte, y Violette lo hizo también.

Se volvió hacia sus compañeros, Marcel, Antoine, Sergio y Otto.

Perrin Char estaba al fondo. Convertido en un paquete, atado de pies y manos, en paños menores, amordazado.

—Muchachos, hay que encontrar a Gaston y a Catherine...

Marcel, Antoine, vosotros os ocuparéis de eso.

—¿Qué va a pasar con Perrin Char?

—Otto, Sergio y yo nos encargaremos de él.

—¿Muerto?

—Sí, muerto vale más que vivo. Orden del Ogro.

Los ojos de Perrin Char se desorbitaron, y lanzó gruñidos.

—Violette —dijo Marcel—, nosotros vamos a dar con los muchachos, pero no se te ocurra apuntarte la victoria o sabrás quién soy yo.

—Deja de amenazar. Debiste oír al Ogro, Sigue confiando en mí. ¿O te quieres enfrentar con él?

—Eso pensé —sonrió, triunfal, Violette—. A trabajar.

Marcel y Antoine salieron de la estancia.

Violette se encaminó hacia donde estaba Perrin Char.

—Cariño, mi jefe no te admira. Qué lástima para ti, porque significa que te vas a ir a cantar con los ángeles. Seguro que allí das el golpe. Pero te recomiendo que, a la llegada, les cantes un «espiritual».

Otto se puso en pie.

—Yo matarlo.

Eugene salió del cuarto de baño, secándose con una toalla, el cabello húmedo.

—Lo acabo de oír todo, y se me ha ocurrido la gran idea. Yo seré Perrin Char. Canto mejor que él. Escuchadme...

Oh, amor, amor, amor qué lejos estás de mí.

Otto dijo:

—Yo matarlo también.

Eugene dejó de cantar, y lo miró con una mueca.

—Vosotros, los «boches» no habéis nacido para entender la música moderna. Mucho Beethoven, mucho Wagner, pero muy poco Aznavour...

Otto sacó un cuchillo.

Eugene dio un salto, y se metió en el cuarto de baño, mientras gritaba:

—¡No volveré a cantar!... ¡No volveré a cantar!...

Otto se dirigió hacia Perrin Char, con una sonrisa en los labios.

—Yo rebanarte la nuez.

—¿Se puede? —dijo Gaston Morel, y entró en la habitación.

Todos se quedaron sorprendidos.

Gaston traía consigo la metralleta, y la sacó de la funda con la mayor celeridad.

—Les presento al muchacho de la batería —dijo, palmeando el arma—. Hace mucho ruido, pero qué melódico es.

Violette arqueó las manos como zarpas.

—Celebro que hayas venido, Gaston.

—Yo también lo celebro. Oí a través de la puerta lo que decíais. Vas a instalar una carnicería con Perrin Char.

—Habría sido mejor que no entrases.

—Para ti, como si fuese inspector de Sanidad, nena, y me gusta que el género sea de buena procedencia, ya sabes, carne de vaca, de ternera, de oveja. Pero está feo eso de vender por kilos un cuerpo humano.

—Vamos a expender el tuyo como carne de albóndiga.

—Muñeca, lo que me gusta más de ti son tus agallas. Tengo la metralleta y, para ti, como si tuviese un mondadientes.

Lo que trataba de conseguir Violette, con aquel diálogo, era distraer a Gaston.

Sergio y Otto creyeron que Gaston ya estaba bastante distraído, y sacaron las pistolas.

Gaston puso en marcha una ráfaga.

Los dos bandidos se apelotonaron en la puerta del cuarto de baño porque fueron a parar allí, empujados por las balas.

Violette se puso pálida como una muerta, a pesar de que no había recibido ningún proyectil.

—Bastardo, mira lo que has hecho.

—Sí, eché a perder la *suite*.

—¿Cómo llegaste hasta nosotros?

—Éste es el hotel Majestic, y supuse que Perrin Char estaría aquí. Habría estado feo que lo llevaseis por la calle en paños menores... Pregunté a un botones, y supe la *suite* exacta a la que dirigirme. ¿Satisfecha?

—Mucho —dijo ella, y se pasó la punta de la lengua por los labios—. Tú y yo vamos a trabajar juntos.

—No, nena, la plaza ya está ocupada.

—¿Por tu cantante raquíica?

—Yo no diría eso.

Violette se puso una mano en la cadera, y respiró profundamente.

—Tu chica no se puede comparar conmigo.

—Da la casualidad de que la prefiero a una víbora.

Los ojos de Violette llamaron más intensamente.

En aquel momento se abrió la puerta, y un botones del hotel y el gerente entraron en la habitación.

—¿Estás seguro de que fueron disparos, Henri?

—Eche una mirada y cuente los muertos.

El gerente dio un suspiro, miró los muertos, soltó un hipido y se desmayó.

—Yo tampoco puedo con las emociones fuertes —dijo el botones.

Eso distrajo a Gaston, y Violette aprovechó bien los instantes para saltar sobre el botones y mandarlo sobre Morel.

Gaston no pudo hacer fuego porque habría matado al botones, y Violette dispuso de segundos para salir como una exhalación.

El botones se agarró a Gaston para no caer e impidió que el joven fuese en busca de Violette.

Cuando pudo desembarazarse de Henri, y salir al corredor, era demasiado tarde porque no vio ni rastro de la pelirroja.

Entró en la habitación, y cerró de un portazo.

Otto se había dejado el cuchillo en el suelo.

—Henri, coge ese cuchillo y corta las ligaduras de Perrin Char.

—¿Eso que hay ahí es Perrin Char?

—Sí.

—Qué ridículo.

—Guárdate los comentarios, Henri.

—Como usted quiera, señor Morel, pero espero una buena propina. Estoy haciendo un servicio extra.

Cortó las ligaduras de Perrin Char, y le quitó la mordaza.

El cantante soltó un estornudo.

—¡Dios mío, me estoy muriendo!...

—Eh, señor Char —repuso Henri—, eso fue lo mejor que cantó hasta ahora.

—¡No es la letra de ninguna canción!

—Qué lástima, porque resulta bonita.

Gaston oyó un ruido en el cuarto de baño.

—¡Salga de ahí! —ordenó.

Se abrió la puerta, y salió el falso Perrin Char. Tropezó con los dos cadáveres y se vino al suelo.

El botones exclamó:

—Diablos, hay dos Perrin Char. ¿Qué ha hecho el mundo para que le manden esa plaga?...

Eugene había caído de bruces, y empezó a levantarse. Al ver los dos cuerpos llenos de plomo, muertos, puso los ojos en blanco, y cantó, con un hilillo de voz:

«Oh, amor, amor, amor... qué lejos estás de mí...»
—y luego se desmayó.

Gaston cogió a Perrin Char del brazo.

—Vámonos, muchacho.

—¿Adónde?

—A tu *suíte*.

—Lo que yo necesito es un hospital.

—Lo tendrás, chico, lo tendrás, pero todo a su tiempo.

—Es que luego será demasiado tarde. No me gusta este hotel. Hay demasiados muertos.

El botones intervino:

—Eh, señor Morel, ¿qué le digo al gerente, cuando recupere el sentido?

—Ya se te ocurrirá algo, hijo.

—¿Le parece bien que meta los cadáveres en el cuarto de baño, y le diga al señor Lattard que todo fue un sueño?... No, no sirve. Los muertos se echarán a perder, y protestarán los demás clientes. Bueno, puedo ir a la cocina por hielo. Tampoco. Demasiado hielo. Es lo que usted dijo, ya se me ocurrirá algo. A propósito, ¿qué hay de la propina de cien francos?

Gaston metió la mano en el bolsillo, sacó una bola de billetes y la arrojó a Henri.

—Dios le ampare, señor Morel. Muchas gracias.

—El falso Perrin Char recuperó el sentido, y se levantó.

—No te desmayes más, Eugene —le dijo Gaston—. Te vienes con nosotros.

—Sí, señor Morel. Ahora mismo.

Corrió al lado de Morel y de Perrin, y los tres salieron de la *suite*.

CAPÍTULO XII

Poco después, entraban en la *suite* número siete, donde se encontraban Catherine y Julien Cariat.

—¡Lo conseguiste, Gaston! —exclamó la joven, y se echó en sus brazos.

Instintivamente, él la besó en los labios.

Al separarse, los dos parpadearon.

La situación fue interrumpida por Julien Cariat, que se levantó de un salto.

—Eh, ahora tengo a dos Perrin Char, ¿cuál es el verdadero?

—Soy yo, Julien —dijo Perrin, temblando de pies a cabeza.

—Estupendo, podrás cantar tú mismo, en persona...

—No, Julien, no puedo cantar.

—¿Por qué?

Perrin se apuntó a la boca.

—Porque estoy afónico.

—¡Oh, no!

—Y me estoy muriendo. Debo tener lo menos cuarenta de fiebre.

El falso Perrin Char se tocó el pecho, y dijo con una sonrisa:

—Eh, señor Cariat, no se preocupe, aquí me tiene a mí. Y le apuesto doble contra sencillo a que soy mejor que Perrin Char.

—¡Muérete, falsario! —dijo Julien—. Pero a mí también me ha llegado mi última hora. —Se dejó caer de nuevo en el diván.

Gaston apuntó con la metralleta a Eugene.

—No viniste aquí para ocupar otra vez el puesto de Perrin Char, sino para que hables de la pandilla.

—No sé nada.

—Será mejor que sueltes todo lo que llevas dentro.

—Oiga, Morel, me metieron en este asunto por mi parecido con

Perrin Char... Fue Marcel. Me vio en Cannes. Yo me dedico a las mujeres, ya sabe, uno ha nacido bien parecido...

—Eres un sinvergüenza.

—Lo soy, señor Morel —dijo Eugene con tristeza.

—Y un cínico.

—También, señor Morel.

En aquel momento, sonó el teléfono.

Nadie lo cogió, y siguió sonando el timbre.

—Julien, atiende la llamada —dijo Perrin Char, estremeciéndose como un perro salido de las aguas.

—Estoy muerto.

—Coge el teléfono. ¡Es una orden!

Julien tomó el auricular.

—¿Cómo? ¿París?... ¡Oh, no! —Apartó el auricular como si quemase—. Es otra vez ese ancianito, Perrin, y no me digas que es un admirador tuyo porque no te creeré ni aunque me lo jures por tu mamá —miró al techo—. Oh, mamá, acuérdate de mí.

Perrin Char le quitó el auricular.

—¿Sí?...

—¿Qué pasa ahí, Perrin? —Oyó la voz del Viejo.

—Catastrófico, señor.

—¿Qué le pasa en la voz, Perrin?

—Me secuestraron, señor... Las pasé moradas... Me salvó Gaston Morel...

—Ese muchacho está resultando una fiera.

—Sí, señor... Está aquí.

—¿Le dio «eso»?

—No, no me lo dio, y ya no me lo podrá dar nunca.

—¿Por qué?...

—La cápsula que contenía «eso» fue a parar al fondo del mar.

—¡Quiero hablar con Gaston Morel!

—Sí, señor.

—Y cuídese, Perrin.

—Éste es mi final, señor.

—Anímese, Perrin.

—Eh, señor Morel, mi jefe quiere hablar con usted...

—¿Diga? —habló Gaston.

—¿Señor Morel?

—Sí, Gaston Morel en persona.

—Debo darle mis más expresivas gracias por lo que hizo.

—¿Quién es usted?

—El Viejo.

—¿Qué Viejo?

—El Viejo, simplemente. ¿Es que no ha leído novelas de espionaje?

—Sí, las he leído.

—Entonces, no haga más preguntas acerca de mi identidad. Soy el Viejo, y basta.

—De acuerdo, Viejo.

—¿Qué contenía la cápsula?

—Una canción.

—¿Una qué?

—Una canción.

—Maldito día.

—No. Yo diría maldita noche, porque es el tema de la canción, la noche.

—¿Aprendió la canción?

—Sí.

—Cántela.

Gaston hizo una señal a Catherine para que le acompañase con la guitarra, y ella se puso a tocarla.

—Allá va, Viejo.

—Estoy a la escucha.

Cantaron Gaston y Catherine, a dúo:

—«Una noche te conocí..., otra noche me enamoré... y también era de noche cuando te perdí... Oh, noche, noche, noche... Qué negra era la noche..., la noche en que morí».

—¿Qué más? —inquirió el que estaba en París.

—Eso es todo.

—Debe haber algo más.

—No, Viejo, ése fue el mensaje.

—No me dice nada.

—Eso es lo que comentamos Catherine y yo.

—¡Dios mío, estamos perdidos!

—¿Por qué, Viejo?

—Escuche, señor Morel, logramos un informe confidencial. Los

enemigos de Francia se disponían a asestarnos un golpe mortal... Allix se encargó de evitarlo. Hizo su trabajo, y ¿qué fue lo que consiguió?

—Una canción.

—Eso es, una canción que no tiene sentido para nosotros. Y ya sabe lo que quiero decir con eso.

—Que les asestarán el golpe mortal.

—Sí, Morel, de eso no hay ninguna duda... ¿Qué puede hacer usted?

—Ya hice bastante. Abajo hay una *suite* con muchos muertos, y mate a otros en el camino, y un tipo quedó enterrado en el mar.

—No está mal para un mecánico.

—Gracias, Viejo.

—Cuenta con una recompensa.

—Envíeme pronto el dinero.

—Nada de dinero, muchacho. Eso corrompe. Pero le prometo que en la próxima fiesta lo incluiremos en la Legión de Honor.

—Muy amable.

—De nada, chico, de nada. Todos somos hijos de Francia.

—Pero los hay un poco bastardos.

—En eso tiene razón, Morel... A propósito de los bastardos, usted sigue en peligro.

—No se olvide de Catherine.

—Es verdad. También ella. Conviértanse en humo.

—Pero ¿y ustedes?

—Ya lo arreglaremos de alguna forma, aunque dudo mucho que lo consigamos. Morel, en nombre del Gobierno, le transmito nuestro agradecimiento. ¡Viva Francia!

—¡Viva!

—Si consigue algo, marque el número siguiente:

00 00 001.

—Sí, Viejo. Me pondré en contacto con usted, si es necesario.

Colgaron en París, y Gaston colgó en Montecarlo.

Julien saltó del diván.

—¡Señor Morel, usted y la chica son mi salvación!

—¿De qué habla?

—Del festival. Ustedes pueden actuar, en lugar de Perrin Char.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos otro trabajo.

—¿Cuál mejor que el de presentarse en un festival como éste? ¡Los verán trescientos millones de espectadores! Dígame, ¿cuándo podrían encontrar un mejor lanzamiento?... ¿Qué dice usted, Catherine?

La joven se mojó los labios con la lengua.

—No me interesa.

—¿Cómo?

—Yo estoy de acuerdo con Gaston.

—¡Son un par de locos! Eso es lo que son. Los acabo de oír cantar esa canción, y lo hacen maravillosamente. Sí, señor, componen un dúo como no he oído otro en mi vida. Conmigo tienen el éxito asegurado. Ustedes dos pueden ser la bomba del festival...

—Lo siento, Julien, pero no podemos —repuso Gaston.

—Claro que pueden. He entendido que ustedes van a realizar un trabajo por Perrin. ¿Por qué no pueden sustituirlo de una vez por todas?

Gaston se quedó pensativo y, de pronto, hizo chasquear los dedos.

—Con una condición, Julien.

—¿Cuál?

—No cantaremos la canción de Perrin.

—¡Eso no puede ser!

—Tendrá que conseguirlo, o no hay acuerdo.

—¿Y qué es lo que van a cantar?

—La que usted oyó.

—¿Lo de la noche, noche, y noche?

—Exacto. Julien.

—¡Pero sólo tienen una estrofa!

—Yo compondré el resto. Lo que usted oyó fue el estribillo.

—El jurado del festival no va a estar de acuerdo... Pero me deben muchos favores. Gracias a Perrin el festival ha llegado a ser lo que es. Quizá lo consiga. Haré todo lo posible.

—Y recuérdelo. Informe a la radio, a los periodistas y a la TV.

—Está bien. —Julien echó a correr, pero se detuvo—. Eh, Morel, ¿cuál es el título de la canción?

—Muerte de un espía.

—¿Muer... qué...? Oh, sí, claro. ¿Cuál iba a ser?...

Perrin Char se dejó caer en el sofá y gritó:

—¡Nadie se ocupa de mí!... ¡Nadie se ocupa de mí!... ¡Julien, quiero un doctor!...

—Ahora mismo te lo traigo... Muerte de una espía... Muerte de un espía. —Julien salió de la *suite*.

CAPÍTULO XIII

Catherine y Gaston estaban ensayando en el escenario del Palacio del Festival.

Gaston había tenido que correr mucho para componer el resto de la canción.

No había sido molestado por la policía, y en eso vio, sin lugar a dudas, la mano del Viejo. Supo por Henri, el botones, que la policía había estado allí, y que un comisario llamado Rogert Abodet se había pasado todo el rato gruñendo y metiéndose con los altos cargos de París.

Julien se había valido de su categoría y del chantaje para conseguir la inclusión de los nuevos cantantes.

Alegó que Perrin Char se encontraba enfermo, lo cual fue verificado por un doctor, enviado por los jueces del certamen, pero Julien agregó que, si no se admitían a sus nuevos pupilos, boicotearía en lo sucesivo el festival.

Los músicos habían protestado mucho, pero el director, que respondía al nombre de Robert Nivet, impuso la disciplina.

Sin embargo, la canción no salía como debía salir. Ello se debía, más que nada, al nerviosismo de Catherine y de Gaston.

Tras varias peticiones, Gaston solicitó un descanso al director, el cual fue bien recibido por éste porque necesitaba dar instrucciones a los músicos acerca de la interpretación de la pieza.

Catherine y Gaston se sentaron uno al lado del otro, en un sofá, a un lado del escenario. La joven dijo:

—Estoy temblando, y no de fiebre como Perrin, aunque quizá la fiebre venga después.

—Debes reunir coraje.

—Tengo mucho coraje, pero también tengo mucho miedo.

—¿Crees que no lo tengo yo también?

—Pues lo disimulas.

—Eso es lo que yo quisiera. Estoy arrepentido.

—¿De qué?

—De haberte incluido en el número. ¿Es que no lo comprendes? He desafiado a Violette, y a todos los suyos. Es lo que traté de conseguir, cuando impuse a Julien la condición de que anunciase a bombo y platillo nuestros nombres y la nueva canción.

—Y esperas que haya un concierto extra.

—Sí, Catherine, es posible que lo haya.

—Quizá nos venga bien. Así el público no se dará cuenta de lo mala que soy.

—Tú no eres mala. Te dije que superabas a las demás, y mantengo lo dicho.

Gaston miró los papeles de música que tenía en sus manos, los que correspondían a la nueva canción, incluida la parte que él había compuesto. Pero reservó su atención para el estribillo.

—Se repite ocho veces la palabra noche, Catherine.

—¿Qué querrá decir?

—Ocho noches, y de ahí no salgo.

—Hoy es el día ocho.

—¿Qué has dicho?

—Que hoy es el día ocho.

—Demonios, ¿cómo se me pasó por alto? Como espía no me ganaría la vida... ¡Catherine, y este mes también es el número ocho!

—Agosto.

—Eso es. Agosto, número ocho, ocho noches.

—¡El día ocho de agosto que es hoy, Gaston!

—Claro, ¿cómo no caímos antes? ¡Era la mar de sencillo!

—Podría ser también sencillo el resto.

—Quizá lo sea.

—Te conocí —leyó Gaston—, me enamoré...

—Me enamoré —repitió Catherine.

Gaston la miró a los ojos.

—¿Tú también?

—Creo que sí, Gaston.

—Yo te quiero.

—Yo también.

—¡Catherine!

—¡Gaston!

El la rodeó con sus brazos, y se besaron apasionadamente.

Los interrumpió la voz de Julien:

—Eh, chicos, eso no sale bien, y yo comprendo por qué, porque perdéis el tiempo.

—Yo no calificaría así lo que estamos haciendo —sonrió Gaston.

—Muchachos, primero el negocio, luego el amor... La canción necesita más vida. Tened en cuenta mi opinión. Es la de un profesional. Llevo treinta años tirado en este cochino mundo del espectáculo... Un espectáculo... Un poco más de nervio, Gaston... Y tú, Catherine, por favor, más sexy, que no te va a comer ningún lobo feroz, al menos mientras estés en el escenario.

—¡Julien! —le reconvino Gaston.

—Está bien, está bien, tú serás el único lobo feroz, y que te aproveche.

—¿Quieres que te hinche el otro ojo?

Julien llevaba gafas oscuras para disimular el hematoma.

—Con uno tengo bastante —contestó, y empezó a retirarse—. Pero recordadlo. Nervio y sexy. Nervio y sexy.

Al quedar otra vez a solas, Gaston dijo:

—Ocho de agosto... Si es hoy cuando van a intentar alguna cosa, nadie podrá evitarlo.

—Se me ocurre una idea. Habla con el Viejo, y dile lo que hemos descubierto.

—Sí, que debe vigilar mucho porque algo va a pasar hoy. Pero ¿qué cosa? ¿Dónde va a vigilar?... ¿París?... ¿Marsella?... ¿Tolón?... ¿Un aeropuerto?... ¿Un observatorio?... ¿Un centro de experimentaciones...? ¿El cielo?... ¿La tierra?... ¿El mar?... No, Catherine hay que darle un informe más concreto, y está aquí, en esta canción. Allix lo señaló.

—Caramba, pudo señalarlo con más claridad.

—Tuvo que asegurarse, por si caía en manos de una persona extraña.

—Cayó prácticamente en manos del Viejo, puesto que le cantamos la canción, y él no supo nada.

—Nosotros ya sabemos algo.

—Pero nos falta lo principal.

—Sí, en eso estoy de acuerdo... Las cosas pasaron así, Catherine... El Servicio Especial del Viejo supo de una confabulación, y comisionó a René Allix para que la desmontase... René Allix dio con la clave, pero fue descubierto, y entonces echó a correr... Violette y compañía empezaron a pisar los talones a Reno Allix, y él se encontró en una situación desesperada... En un momento determinado, Allix recibe un tiro y se esconde en mi casa. Tiene en su poder la cápsula que escondió en el coche, y está claro que en ella se señala en qué consiste la confabulación, o al menos da los datos para que el Viejo sepa a qué atenerse.

El director intervino, haciendo sonar la batuta:

—Cuando quiera, Catherine. Listo, Gaston.

—Sí, director.

—Preparados. Vamos a empezar.

Catherine y Gaston acudieron junto al micro, ella con la guitarra, y otra vez se pusieron a cantar.

«Llegaron al estribillo. Ahora lo hacían mejor, pero, de pronto, Gaston se interrumpió al llegar a la tercera estrofa, “y también era de noche cuando te perdí”».

—¿Qué pasó, Gaston?

—Nada. Una pequeña distracción... Concédanos otro descanso.

—Vamos demasiado despacio. Sólo puede disponer de cinco minutos.

—Con una nueva repetición bastará.

—Está bien, Gaston, como usted quiera. Pero no me hago responsable de lo que pueda ocurrir.

—Descuide. Será cuenta mía.

Catherine habló en voz baja:

—¿Qué pasó, Gaston?

—Ya lo tengo.

Se dio cuenta de que estaba hablando delante del micrófono, y llevó a Catherine al sofá.

—Nosotros lo dijimos, tú y yo, Catherine.

—¿A qué te refieres?

—Yo me enamoré.

—Sí, y yo también me enamoré.

—Pues ya lo dijimos los dos.

—No te entiendo.

—De pronto me he acordado... Di enamoré al revés.

—¿Al revés?

—Sí, letra por letra.

—Eromane.

—Exacto. Eromane.

—No significa nada para mí.

—Es un atolón al oeste de Tahití, y este mes harán explotar por allí nuestra bomba de hidrógeno.

—¿Entonces?

—Tiene algo que ver con eso.

—Si se lo decimos al Viejo, tendrá un significado para él.

—Estoy seguro de que lo tendrá... Telefonaré a París inmediatamente... Quédate aquí para calmar al director. Está muy nervioso.

—No te preocupes. Es cuenta mía.

—Eres un ángel —dijo Gaston, la besó en la punta de la nariz, y echó a correr.

Entró en una oficina donde había varias mesas con empleados, que atendían a mucha gente.

—Por favor, señorita, necesito hablar con París —dijo a una chica morena de hociquito saliente.

—Lo mismo desean cuatro personas que llegaron antes que usted.

—Pero lo mío es urgente.

—También lo de ellos. Uno quiere preguntar si su mujer ya trajo al mundo su segundo heredero.

—¿Y por qué está aquí, si ella está en un trance como ése?

—Porque él es periodista.

Gaston oyó una voz:

—Yo le puedo ayudar, señor Morel.

Y vio surgir, entre varias personas, a la mismísima Violette. La pelirroja estaba maravillosamente atractiva, con un vestido estampado, multicolor, con escote en uve, la falda cortita, mostrando sus esbeltas y perfectas piernas.

—Tienes la cara muy dura, Violette.

—Me lo han dicho unas cuantas veces.

—No has debido venir aquí. Te haré prisionera.

—¿De veras?

—Lograste escapar una vez, pero ahora no lo conseguirás —dijo Gaston, y la cogió por el brazo.

—Cariño, he dicho antes que puedo facilitarte la llamada a París.

—Quiero hablar con una persona que está prohibida para ti.

—Te equivocas. Vas a hablar con el Ogro.

—¿El Ogro?

—Nuestro jefe.

—Estás chiflada.

No lo estoy ni pizca.

Gaston miró a su alrededor, la joven se había presentado ante él con las manos limpias. Pero se llevó la gran sorpresa, porque entre la gente, no se encontraban Antoine ni Marcel.

—Entiendo, uno de estos tipos es de tu pandilla, y me está apuntando con un arma.

—Nadie te está apuntando con un arma. Pero vendrás conmigo, y hablarás con el Ogro.

—¿Y por qué crees que voy a hacer eso? ¿Quizá porque me hipnotizarás?

—¿No crees que tengo cosas para lograr la hipnosis?

—Sí, dulzura, tú tienes muchas cosas, pero ya elegir.

—¿A la raquítica?... Bueno, la vi hace un momento, y la verdad es que no resulta tan raquítica.

—Celebro que hayas cambiado de opinión. Nos queremos.

—¿Te vas a casar?

—Sí.

—Lo siento, pero tendréis que cambiar de planes.

—¿Y por qué?

—Los muertos nunca se casan.

—Un buen título para una novela negra. Véndelo a una editorial del género.

—Quizá siga tu consejo... Y ahora, vamos a hablar con el Ogro.

—Ahora vamos a ir a la comisaría más cercana y, de paso, desde allí, llamaré a París.

—Cariño, eres bastante torpe, pero es natural. Al fin y al cabo, sólo eres un reparador de coches... ¿Crees que siempre hacemos las cosas mal?

—¿Y cómo las hicisteis esta vez?

—La tenemos a ella.

—¿Ella? —preguntó, no obstante, a Violette.

—A tu amor, a la chica que te robó el corazón.

CAPÍTULO XIV

Gaston puso la mano en el cuello de Violette.

—Cuidado, mecánico. Eso no es un tubo.

—Es algo peor. Un tubo no hace daño a nadie, y por tu garganta salen palabras que engañan.

—Eso suena a chino.

—Soy más francés que tú, porque tú eres una traidora.

—Conque el Viejo te convenció para que fueses un patriota.

—Simplemente, para que fuese un buen francés.

—Y apuesto que hubo un viva a Francia.

—Lo hubo.

—Pues lo siento, nene, pero yo tengo un viva distinto.

—Ya lo supongo. ¡Viva Violette!

—¡Viva! —rió ella, desafiante.

—Me estás mintiendo. No tenéis a Catherine.

—Nos asomaremos al escenario, y cambiarás de idea.

Echaron a andar, y ella dijo:

—Te lo advierto, mecánico, no trates de buscar ayuda, o daré la voz de alarma y a la chica sufrirá las consecuencias. Sabes lo que quiero decir con eso RIP.

Gaston no dijo nada.

Llegaron al borde del escenario, y Gaston creyó que se convertía en una estatua de hielo. Catherine no estaba en el diván ni ante el micrófono.

—Eh, señor Nivet —llamó al director.

—Por fin ha llegado, Gaston. Tenemos que continuar, y es el último pase... ¿Dónde está Catherine?

—¿No la vio?

—Estaba ahí, hace un momento, pero la llamó alguien desde

fuera... ¿Adónde diablos fue?

—Suspenderemos el ensayo, director.

—La canción todavía no salió bien.

—No se preocupe... Saldrá bien esta noche.

Julien gritó, desde el patio de butacas:

—¡Gaston, no puedes hacer eso!... Hay que ensayar una vez más... ¿O quieres que sea vuestra presentación y despedida al mismo tiempo?

De buena gana Gaston habría dicho: «Me importa un rábano el éxito, porque yo sólo quiero recuperar a Catherine».

—Te veré luego, Julien —dijo, y se volvió hacia Violette—. Adonde tú quieras, nena.

La pelirroja rió con sarcasmo.

—Hay que ver de lo que es capaz un muchacho enamorado.

—Qué lástima que tú no hayas pasado por eso.

—No lo creas, también me enamoré.

—Lo dudo, pequeña víbora.

—También las víboras se enamoran, ¿no lo sabes? Deberías estudiar Zoología.

—Lo tendré en cuenta, profesora. ¿Adónde hemos de ir?

—Ya lo sabrás.

—Salieron del Palacio del Festival.

—Viajaremos en mi coche —dijo Gaston.

—El tuyo es el de Allix, y resulta demasiado llamativo. No, cariño, iremos en el mío. Así no te harás ningún lío con las calles.

El auto de Violette también era convertible, pero de color marrón.

Ella condujo con habilidad y rapidez.

Pronto llegaron a una villa, con altos muros que rodeaban un jardín.

Violette pegó dos pitidos de claxon ante el portón, el cual fue abierto por un hombre con traje de pana.

Fueron hacia la casa, y Violette detuvo el vehículo ante la cochera.

En el porche de la casa había tres hombres, y Gaston reconoció en uno de ellos a Marcel.

—¿Dónde está ella, Marcel? —preguntó Violette.

—En la biblioteca, pero te espera una sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Al Ogro.

—¿Hablaste con él?

—Sí.

—Maldito, te dije que sólo se podía poner en contacto conmigo. Marcel le sonrió.

—¿Qué culpa tengo, si me dirigió la palabra?

—¿Quieres decir que...? —Violette se interrumpió.

—Sí, querida, está en la biblioteca, con Catherine.

—¡Canalla!... ¡Miserable!... ¿Qué le has dicho de mí?

—¿Yo? Nada.

—Eres un sapo inmundo, y me habrás puesto por los suelos. Y habrás pasado ante él como un héroe, como un tipo a quien se le ocurrió secuestrar a la chica para hacer entrar en razón a Morel.

—Me robaste mucho papel, nena. Alguna vez tenía que robar yo el tuyo.

—¡No te valdrá!

Violette entró furiosamente en la casa.

—Espera un momento.

—Quiero ver a mi chica.

—Seguro que Violette no te registró.

—No llevo armas.

—Tendré que comprobarlo —dijo Marcel, y lo cacheó desde los zapatos hasta el cuello de la camisa—. Ya puedes seguir, muchacho.

—Gracias, sapo.

Marcel hizo ademán de ir a pagarle, pero Gaston ya había emprendido la marcha.

Violette había entrado en la biblioteca, y él lo hizo detrás, gracias a su larga zancada.

Catherine se levantó de una silla.

—¡Gaston, caímos en sus manos!... ¡Qué tonta fui! Me dejé engañar... ¿Por qué te dejaste sorprender tú?

—Me dijeron que me iba a quedar sin mujer. Eso no lo podía consentir.

Catherine le echó las manos al cuello, y lo besó en la boca.

Violette estaba diciendo:

—Qué sorpresa, señor Herlem.

Herlem era un hombre de unos cincuenta años, alto, bien

parecido, cabello negro, con sienes plateadas. Se cubría con un traje elegante, bien cortado, y que él lucía gracias a su buen tipo.

—Se pusieron tan feas las cosas, que tuve que venir personalmente. Es el trabajo más chapucero que han hecho en su vida. ¿Y por qué? ¿Quizá porque James Bond se interpuso en su camino?... ¿O fue Modesty Blaise? No, ninguno de los dos. Las personas que les pusieron dificultades son dos insignificantes muchachos, una vulgar cantante y un mecánico, que también quiere llegar a cantar...

—Oiga, señor Herlem —intervino Gaston—, si vamos a empezar a insultar, me meteré con su familia.

—Señor Morel, ha corrido mucho.

—Todo lo que he podido.

—Pero ya ha dejado de correr.

—Oiga, Ogro, ha cometido un error al secuestrarnos...

—¿De veras?

—Sólo conocemos una canción.

—La que estaba en el microfilme.

—Exactamente. Pero no nos sirvió de nada. El microfilme fue a parar al mar.

—Ustedes saben la canción.

—Catherine y yo la hemos repetido hasta la saciedad. Ya sabe que la vamos a cantar en el festival.

—Una idea estupenda, que me hizo venir a Montecarlo.

Gaston ya había contado con eso, pero tampoco lo dijo. Eso fue lo que persiguió, al pregonar a los cuatro vientos la actuación de Catherine y la suya. Pero no había contado con que ellos eran profesionales del espionaje, de la traición, de la intriga...

—Señor Morel, espero que sea usted juicioso.

—Voy a ser todo lo juicioso que pueda.

—Estupendo.

—¿Qué significa para usted la canción?

—Nada. Ya se lo he dicho.

—Cuánto me alegro.

—Yo también lo celebro. Para festejarlo, ¿por qué no nos deja libres? Los invito a una copa de champaña en el Palacio del Festival.

—No tan deprisa, señor Morel.

—Catherine y yo tenemos que darnos prisa. Tenemos el tiempo justo para cambiarnos y aparecer en el escenario.

—Usted y Catherine no participarán en ese festival.

—Señor Herlem, no puede interrumpir nuestra carrera artística.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Para mí seguridad. Sé perfectamente que hasta ahora el Viejo no ha recibido ningún informe de usted acerca de lo que significaba la clave de René Allix. Pero Marcel me informó de las circunstancias que concurrieron cuando su compañero fue secuestrado. Usted iba a hablar con París. ¿Por qué? Responda, señor Morel.

—Tengo un tío allí.

—No vale.

—Mi mejor amigo también está en París.

—Tampoco. No se canse, señor Morel. Quería hablar con el Viejo, porque usted y la chica habían dado con la explicación.

—No sé a qué explicación se refiere.

Herlem se echó a reír.

—Eromane, ocho de agosto...

—¿Qué significa?

—Usted lo sabe. ¿Por qué se hace el tonto, señor Morel? A nada le va a conducir.

Catherine gritó:

—Señor Herlem, ¿es usted francés?

—Sí, pero con gotas alemanas.

—Pero apuesto a que tiene el pasaporte francés.

—Sí, y le voy a comunicar algo más importante. Trabajo para el Gobierno.

—¿Que trabaja usted para...? ¿Qué clase de gusano es usted?

—Ocupo un alto cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¡Canalla! ¡Está traicionando a sus jefes!

—Tranquilícese, señorita Laurente, o sólo conseguirá una cosa, precipitar su final.

—Me temo que nuestro final ya lo decidió. Sólo quiere tener la seguridad de que al fin comprendimos la clave de Allix. Díselo tú, Gaston.

—Sí, señor Herlem, lo comprendimos —asintió Gaston—, y ahora, gracias a usted, ya sé lo que va a pasar. Se disponen a

destruir nuestra bomba de hidrógeno en el atolón de Eromane, en donde indudablemente estará hoy, camino de la base de lanzamiento... Y esta noche ustedes realizarán ese cochino acto de sabotaje.

—Bravo, señor Morel. Es justamente lo que vamos a hacer.

CAPÍTULO XV

Gaston estaba lleno de ira.

—Señor Herlem, todavía puede echar marcha atrás.

—Ya no, hijo.

Catherine gritó:

—¡Señor Herlem, no puede hacer eso con Francia, y con sus compatriotas! Todos somos hermanos, aunque usted tenga gotas alemanas en su sangre...

—Eres una ingenua, querida.

—Está bien, señor Herlem —dijo Gaston—, al parecer, no podemos impedir nada.

—Absolutamente nada.

—Imagino que nos retendrá aquí hasta después de las doce de la noche. Luego, nos soltará.

—No os puedo soltar.

—¿Por qué no? Una vez que usted se haya salido con la suya, destruyendo la bomba de hidrógeno francesa, ¿qué puede temer de nosotros?

Herlem bostezó.

—Mi verdadera identidad es ignorada por mis jefes. Yo soy el Ogro para la mayor parte de mis colaboradores. Muy pocos me conocen, y quiero seguir trabajando en lo mío.

—En las granujerías —le interrumpió Catherine.

—Puedes calificarlo así, dulzura.

—¿Y qué gana con eso?

—Dinero, mucho dinero...

—Catherine —dijo Gaston—, no es malo ganar dinero. Todos nos movemos por lo mismo, aunque la diferencia consiste en que unos lo quieren a cambio de cualquier cosa, como por ejemplo, el

Ogro. Pero dígame, señor Herlem, ¿quién le paga? ¿A quién representa?

—A un grupo internacional.

—Imagino que no serán las Naciones Unidas.

—No seas chistoso, Gaston.

—¿Qué grupo internacional?

—Ciertos industriales, a quienes no interesa que Francia posea la bomba de hidrógeno.

—Muy bien. Voy a suponer que se salen con la suya, que destruyen la bomba de hidrógeno francesa, antes de que se experimente. ¿Qué adelantarán con eso? Yo creo que sólo retrasarán el momento en que Francia la posea. Podrán ser algunos meses, un año.

—No, Gaston, si nosotros sabotamos esa bomba de hidrógeno, Francia no la poseerá por décadas.

—¿Por qué piensa así?

—Porque Francia está atravesando una delicada situación en su política interior y exterior... Un fracaso tan estrepitoso como el de esta noche, significará una auténtica catástrofe para el Gobierno. Habrá cambios en los ministerios, una verdadera crisis. Se removerán los cimientos de Francia, se producirán manifestaciones... Te aseguro que el Gobierno se verá en verdaderos apuros para mantenerse. Lo que no ha ocurrido otras veces sucederá inevitablemente ahora. Por de pronto, tendrán que suspender los experimentos relacionados con la bomba de hidrógeno, y eso significará que los sabios franceses relacionados con la bomba tendrán que preparar sus maletas y emigrar, o dedicarse a dar clases en Francia... ¿Ves el panorama como yo, Gaston?

—Ahora, sí.

—Lo celebro. Francia no entrará en el club de las potencias termonucleares. Tendrá que contentarse con su atómica. Después de todo, no es manca.

—Señor Herlem, Inglaterra es una sucursal de los Estados Unidos. Por primera vez, una potencia europea, auténticamente europea, iba a tener una bomba de hidrógeno, a igualar a los poderosos del mundo, a EE. UU., a la URSS, a China...

—Gracias por recordármelo, Gaston. Estoy prestando un gran

servicio a la Humanidad.

—Es usted un miserable al hablar así, señor Herlem. No lo hace por la humanidad, sino por una bolsa de dinero. Además, en este caso, para la humanidad es bueno que una potencia europea tenga la bomba de hidrógeno. Desgraciadamente, es necesario que exista siempre un equilibrio de fuerza, mientras el mundo esté como está...

—¿Qué eres tú, un mecánico de coches o un conferenciante?

—Sólo un mecánico, que está al corriente de lo que pasa en su país y en el mundo.

Herlem apretó un timbre.

Se abrió la puerta y entraron Marcel, Antoine y otro tipo, de tez oscura y nariz aguileña.

—La reunión acabó, Marcel. ¿Quieres ocuparte de nuestros invitados?

—Con mil amores, señor Herlem... Antoine, Noel, y yo continuaremos haciendo los honores de la casa.

—Has mejorado mucho tu trato, Marcel.

—Siempre se pega lo bueno.

—Me alegro mucho.

—Señor Herlem, espero que tenga en cuenta este servicio. Ya sabe que gracias a mí...

—¡Eres un cerdo! —gritó Violette.

—Nena... —dijo Herlem con reconvención.

—¿Qué es lo que le ha dicho, señor Herlem? Pero ya lo imagino, porque lo acaba de soltar. Sólo gracias a Marcel esto fue un éxito, y yo fracasé una y otra vez. ¿Fue eso lo que le dijo, señor Herlem?

—Cálmate, Violette.

—Sí, cariño —dijo Marcel—, debes acostumbrarte.

—¿A qué?

—A las órdenes que yo te daré.

—¿Quién lo ha dicho?

—El señor Herlem.

Éste no contradijo a Marcel Violette, que se había ido cargando de furia, se arrojó sobre Marcel, con la evidente idea de sacarle los ojos.

Gaston y Catherine aprovecharon aquella oportunidad que el destino les brindaba. Sabían que era la última para ellos.

La joven cargó sobre Violette, dándole más impulso.

Gaston estaba saltando por otro lado, hacia Antoine.

Se produjo un terrible impacto de cuerpos humanos al lado de la puerta.

Catherine cayó al suelo, arrastrando a Violette y a Marcel.

Gaston se llevó por delante a Antoine y, mientras rodaban por la alfombra, el joven logró arrebatarse la pistola de la sobaquera.

Herlem se dio cuenta de lo que iba a pasar, y gritó:

—¡Noel, fuego contra todos!

Noel se dispuso a cumplir la orden que incluía a amigos y enemigos.

Disparó dos veces.

Antoine aulló al recibir dos proyectiles porque estaba sirviendo de escudo a Gaston.

Luego, Noel ya no pudo poner en marcha ninguna bala porque recibió un obús en la boca. Su cráneo desparramó cosas en la pared.

Marcel había logrado librarse de las dos mujeres, y tiró de la pistola. Pensó que Antoine o Noel se había encargado de Gaston, o quizá se había vuelto loco, debido a Violette, porque dirigió contra la pelirroja sus proyectiles, y Violette se quejó mucho.

Gaston continuó su buena racha, y metió una bala en el corazón de Marcel.

Herlem echó a correr hacia la puerta.

—No se vaya, señor Herlem —dijo Morel.

Herlem no le obedeció, y Gaston apretó el gatillo otra vez.

El Ogro recibió un impacto en la espalda, en el centro, se desvió un poco del hueco y fue a estrellarse contra la puerta.

Catherine se levantó y, al contemplar a su alrededor a los muertos y a los moribundos, se tambaleó hacia la mesa.

—Nena, no te desmayes ahora porque necesito llamar a París.

—Llama. No te preocupes.

Gaston marcó aquel extraño número de tantos ceros con un uno.

Le llegó enseguida la voz del Viejo:

—¿Gaston?

—Sí, soy yo. Viejo... Todo se solucionó, pero ahora le toca trabajar a usted, rápido y duro.

—¿Qué es?

—La bomba de hidrógeno. Desciframos el mensaje. Está claro

que no lo compuso Allix. Lo recibió de algún confidente, y tampoco Allix conocía su significado. El grupo de canallas estaba capitaneado por Alexandre Herlem.

—Dos mío, es un alto cargo del Ministerio del Exterior.

—Sí, Viejo.

—Hable, rápido.

—Van a sabotear la bomba de hidrógeno en el atolón de Eromane, esta noche, ocho de agosto...

Gaston oyó a través del micro varios timbres.

—Liquidé a media banda, Viejo. Aquí no queda ninguno vivo.

—No sé si es demasiado tarde, pero pondré toda la carne en el asador.

—Nosotros también. Y gracias por su intervención en el hotel. Pegue otra llamada a la policía. Aquí hay mucho «fiambre».

—Ya está pegada, muchacho. Usted tenía licencia para matar.

* * *

Catherine y Gaston estaban cantando su número.

Los dos jóvenes se habían entregado por entero a la interpretación de aquella canción que había significado para ellos su conocimiento primero, el amor, después, entremezclado con una aventura que pudo acabar con sus vidas.

Pero allí estaban, en el escenario del palacio del festival de Montecarlo, haciendo una interpretación maravillosa de Muerte de un espía. En las estrofas compuestas por Gaston se hablaba de eso, de un hombre que caminaba hacia la muerte, y recordaba su amor perdido, el de una mujer que, precisamente, lo llevaba a la tumba.

Unos minutos antes de iniciar su actuación, Morel había recibido una llamada del Viejo. Todo había salido bien. La pandilla de saboteadores había sido desarticulada en el atolón de Eromane. Nueve muertos y tres heridos era el balance de las víctimas. Y también en Francia había sido tendida la red para atrapar los restos de la pandilla de Alexandre Herlem. Y el Viejo había insistido en que Gaston sería ingresado próximamente en la Legión de Honor.

Cuando Catherine y Gaston terminaron la pieza, hubo una pausa entre el auditorio y, de pronto, estalló la ovación como un trueno, y hombres y mujeres, puestos en pie, vitorearon a los jóvenes.

Catherine y Gaston se abrazaban, emocionados, saludaban, reían y las ovaciones se sucedían.

Julien estaba al lado de Perrin Char, un poco mejorado de su enfermedad.

—¿Qué te parece, Perrin?

—Que vas a tener otros dos artistas sensacionales. Pero recuérdalo, yo soy el primero, Perrin Char.

Julien rió, echando una mirada a su alrededor.

—Ya veo ansiosos a los empresarios y a los representantes de las casas de discos...

En el escenario, Catherine y Gaston se abrazaron. Unieron sus labios ante la presencia de los centenares de espectadores que estaban en el teatro, y los millones que los seguían por TV.

—Nena, ¿quieres casarte conmigo?

Todos lo pudieron oír, y se hizo un silencio.

—Sí, Gaston.

Y entonces estalló otra vez la ovación, mientras Catherine y Gaston volvían a unir sus labios.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).